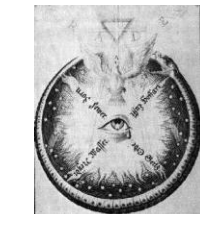


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003

Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.



BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 71

21 de Septiembre de 2.021

S U M A R I O



G.E.I.M.M.E.

EL SENTIDO ESPIRITUAL DE LA RESURRECCIÓN

Jean-Marc Vivenza[1]



Uno de los fundamentos de la adhesión a la fe cristiana, es la convicción de que, en realidad Cristo resucitó, verdaderamente resucitó, es decir, logró superar la muerte. La idea de resurrección se debe contemplar en el sentido espiritual del mensaje. El mensaje fundamental del Gólgota y de la Cruz, es que la Muerte no tiene la última palabra sobre Dios, que el Mal no puede triunfar sobre el Poder divino; lo finito, el error, la degradación, las Tinieblas, no pueden vencer la Luz. El Amor es más fuerte que el Odio, la Luz es más poderosa que las Tinieblas, por eso nos llamamos hijos de la Luz, porque la Luz es intrínseca a nuestro estado de Masón, incluso lo constituye, en la medida en que pensamos que El Poder Divino es tan poderoso, tan inclusivo, que es capaz de contener su propia contradicción. Esto constituye la dificultad de la Presencia en el mundo de Jesucristo: a la vez verdadero hombre y verdadero Dios, en esta doble naturaleza, la cual no es únicamente la naturaleza de Cristo. Aquí es donde se debe resolver la dificultad. Es nuestra naturaleza, la de todos. Somos, de la misma manera, verdadero hombre y verdadero dios. Si somos emanados, hemos sido traídos a la realidad, al ser antes del comienzo de los tiempos. Es lo que dice *Efesios (1:4) "Dios nos escogió en Cristo antes del*

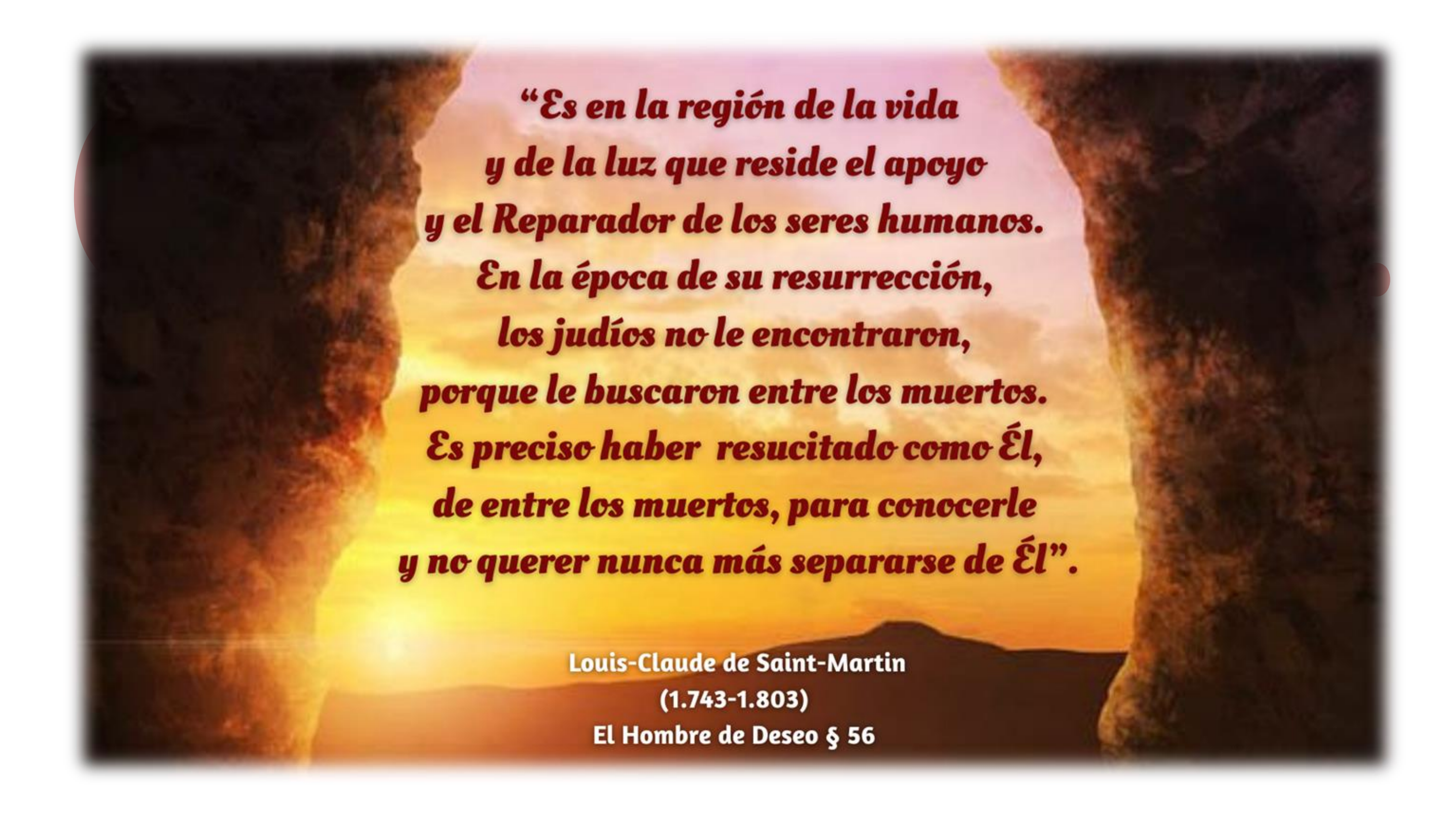
[1] Extracto de una conferencia pública de Jean-Marc Vivenza, dada en Burdeos el 25 de mayo de 2.019, organizada por el Directorio Escocés de Aquitania del Directorio Nacional Rectificado de Francia – Gran Directorio de las Galias (DNRF-GDDG).

comienzo de los tiempos". Antes del comienzo de los tiempos ¿existíamos? Y ¿dónde? En Cristo. Significa eso que cuando vengo al mundo, ¿ya existía antes? Pues sí, se llama Eternidad del Alma. Es la primera pregunta que hacen al candidato cuando quiere ingresar en el RER. ¿*Cree usted en Dios y en la Inmortalidad del Alma*? La mayoría contesta sí, sin saber por qué. Inmortalidad significa algo que no ha comenzado. Lo que empieza en el tiempo no es inmortal. Inmortal no significa sólo algo que va a perdurar todo el tiempo, significa fuera del tiempo. "*In-mortal*" significa fuera -*más allá*- de la muerte, ajeno a la muerte, significa que el Alma no está vinculada con una estructura espacio-temporal. En nosotros existe algo que no ha nacido y que no morirá jamás. Existimos antes del comienzo de los tiempos, como viene expresado en *Efesios*. Existíamos en Cristo.

La resurrección nos enseña pues que participamos de otro cuerpo, del que este cuerpo es una vestimenta, una imagen lejana, más o menos fiel. Damos testimonio de nuestra naturaleza divina en función de nuestra intimidad con nuestra naturaleza divina. Cuanto más mantenemos una relación íntima con nuestra naturaleza divina, más reflejamos en nuestra presencia, en nuestros ojos, nuestras palabras, nuestra relación con los demás, la caridad, la benevolencia, la beneficencia… Para el RER la beneficencia de la que hablamos no consiste únicamente en dar limosna, sino en dar amor divino, en manifestar amor divino a aquellos que encontramos en nuestro camino. Es manifestarles la caridad divina… Es algo que nos trasciende, que va más allá de nosotros, más allá de nuestras pequeñas limitaciones, de nuestro ser, de nuestra individualidad.

La resurrección a la que se adhiere el cristiano, es este sentimiento profundo de que la Divinidad en nosotros ocupa todo lugar, que La Realidad es ella; que la Verdad es Ella, que Ella es nuestra auténtica naturaleza y que el testimonio que nos da Cristo después del Gólgota, después de los 3 días en la tumba, es que esta naturaleza divina es irreductible, que no puede ser destruida. No sólo no puede ser destruida, sino que debe dar testimonio de la Verdad, de la autenticidad de esta presencia abarcadora de la Divinidad en cada uno de nosotros. Además, el Cristo lo dice a los apóstoles, después de los acontecimientos de la Pascua en Jerusalén. Sin resurrección, no hay Ascensión, sin Ascensión, no hay Pentecostés. Tras la desaparición de la visibilidad de nuestro Señor, Él promete a los apóstoles la venida del Consolador, del Espíritu Santo, en forma de lenguas de fuego, que va a posarse sobre aquellos que estaban allí, en Jerusalén. La manera como se expresa, cómo de repente descubren una realidad que les supera, es que la resurrección se hizo de forma auténtica en el cuerpo glorioso de Cristo, es decir, en el cuerpo que Adán tenía en su origen primitivo. Es el cuerpo que hemos tenido en Cristo en origen, y esa es la buena nueva, es este cuerpo que tendremos al final de los tiempos, cuando volvamos a la Unidad de la que hablaba Joseph de Maistre. Pues la resurrección es la base dogmática a partir de la cual la perspectiva cristina cobra sentido, y nos permite superar nuestros límites temporales. Somos creados firmemente en la Naturaleza divina. Hablar de la Inmortalidad del Alma, no sólo por obligación al adherirse al RER, debe ser el problema fundamental de mi existencia y de mi vida, todos los días. Situándonos en esta inmortalidad y abandonando nuestra envoltura material, como dice nuestra regla, considerando que nuestra verdadera naturaleza es inmortal y luminosa, incorruptible y, éste es el gran

misterio, está en comunicación permanente con el Eterno, somos nosotros los que estamos ausentes, no así el Eterno, no Dios. La Presencia Divina siempre está, somos nosotros los que estamos ausentes. Pasamos el tiempo en miles y miles de quehaceres, diversiones…, cuando, en realidad, este matrimonio espiritual, como dice Santa Teresa de Ávila en las *Moradas del Alma*, estamos llamados a la consumación de la unión nupcial con Dios, es una unión de Amor con Dios, es una comunión interior, a una participación completa de la naturaleza de Dios. Es algo prodigioso, por lo que no hay que perder tiempo, sobre todo, no se debe considerar la vía iniciática como un camino que sólo sirve para sumar grados, pagar cuotas, comer bien en los ágapes. La finalidad es la Comunión permanente, *fusional*, interior con el Amor ardiente de la Trascendencia divina. La resurrección es permanente. Se está produciendo en cada instante. No es que se produjo en Jerusalén hace 2000 años por el Cristo, sino que se produce en cada instante para cada uno de nosotros, cuando nuestra Alma encuentra la Divinidad…, y eso es maravilloso.



LO INTERNO SEGÚN SAINT-MARTIN

Sagi Nahor[2]

«***Sí, el culto interior es sensible,***
seguramente lo es más que el culto exterior;
pero lo es de otra manera.»
Saint-Martin, *El hombre de Deseo,* Canto 123

INICIACIÓN

El Hombre fue creado tanto a imagen como a semejanza de Dios. Dios es uno y simple, la imagen manifiesta la unidad; y la semejanza, la simplicidad. Por su caída, Adán perdió la semejanza, pero conservó la imagen. En otras palabras, el hombre conservó la unidad, que hace de cada ser humano un ser único; pero perdió la simplicidad y se encuentra apresado en una personalidad que se superpone a su Ser puro.

La Vía de la reintegración utiliza esa imagen remanente para inducir en cada uno a reencontrar la semejanza divina. La simplicidad es el estado del Ser sin atributos. En ese estado, el único pensamiento (pensante, no pensado) que puede brotar del Ser es: «eterno... eterno...». Ni siquiera puede haber un «yo soy» eterno. Ese estado es simplicidad, semejanza, transparencia al Ser de Dios. Es una fusión sin confusión, que equipara al hombre con lo divino. Por la reconciliación y la regeneración, cada uno puede experimentar ese estado, durante un lapso muy corto de tiempo (que a veces pasa desapercibido). Es la Rehabilitación parcial, de la que habla Martínez de Pasqually, que permite al hombre, aunque sea por un instante, recordar su gloria pasada y actuar, en el tiempo del ritual, en calidad de hombre Dios del círculo universal.

La Vía de la reintegración comienza por una experiencia de reminiscencia, provocada por la Iniciación. La Iniciación ritual tiene como función provocar esa reminiscencia, es el shock iniciático. Las otras funciones del ceremonial son:

- Inducir gradualmente una ruptura con los antiguos modos de funcionamiento corporales, morales y mentales: es la expoliación del hombre viejo.

- Provocar una expansión de la Conciencia (con un giro), que abre en el Iniciado la intuición de los símbolos recibidos; esos símbolos constituyen el Lenguaje del Verbo divino. Mediante ese lenguaje de los símbolos, el Iniciado consigue la comprensión de

[2] Nacido en 1962 en la región de Lyon, descubre el martinismo en 1979 y se embarca en 1984 en la vía del Filósofo Desconocido. Preside los trabajos de la Logia Maharba, fundada en 2007 en homenaje a Robert Amadou. Presentamos aquí un extracto de su obra *Sophia de Deseo*, publicada por Ed. Masónica.es, Oviedo, España, 2.018.

las leyes subyacentes del universo, por analogía de planos o círculos. Pasa entonces de cuantitativo a cualitativo, de cuantificar a cualificar.

- La iniciación, por último, debe hacer pasar de cualificado a no-cualificado, que es la simplicidad en sí misma, vacía, experimentada más allá de los símbolos. Cuando ese estado es estable y permanente, el Iniciado está Rehabilitado a su estado de Hombre Espíritu. Manifiesta a su particular los principios de reintegración general.

Estos son (o deberían ser) los efectos de la Iniciación martinista. Su transmisión se efectúa de Iniciador a Iniciado; la responsabilidad del Iniciador es importante, porque encarna, se convierte, durante la transmisión, en el soporte ontológico del Espíritu doblemente fuerte que asume la responsabilidad del Espíritu menor desde su caída. Por eso el Iniciador es símbolo (es decir, vehículo real de lo que simboliza) del Maestro Desconocido, bajo la forma de Maestro Exterior, que sustituye al Maestro Interior que el Iniciado todavía no ha redescubierto (su Ser espiritual menor). Todos los símbolos, su explicación, las instrucciones y rituales están destinados a orientar al Iniciado hacia la toma de conciencia de su Maestro Interior, quien lo emancipará de la tutela de su Iniciador (3er grado).

Espejo y Consciencia

El hombre del torrente que mira un espejo ve su imagen. El Hombre de Deseo debe también presentir su semejanza, su alma «incorporal», no siendo ella misma más que el reflejo en el gran espejo de la Creación, de su Ser espiritual menor. El Espejo iniciático es el símbolo del juego de la Consciencia con sus reflejos. La Consciencia es una y simple. En ese estado, es pura; constituye el cuerpo glorioso de los Espíritus unidos a Dios. La consciencia pura es una entidad consciente de su existencia (intelecto divino); no tiene ni causa ni efecto: Es. El estado de Consciencia pura es el de las clases espirituales emanadas y emancipadas: la corte divina, después de la caída del ángel, el supraceleste. La Consciencia pura es lo que se asimila de divino, por identificación y transparencia. La Consciencia pura no tiene atributos.

La Consciencia universal es el primer reflejo de la Consciencia pura. Es el resultado de la caída del ángel. Es la Sabiduría Divina, definida otras veces como la acción conjunta del Verbo y el Soplo del Padre. La caída del ángel llevó a Dios a dotarse del atributo de Creador, instando a su Verbo y a su Santo Soplo a manifestarse, revelando así, y por ello, su naturaleza Trinitaria. Esa actividad conjunta de Verbo y Soplo (Sabiduría) creó el universo: supraceleste (el mundo de las Leyes); celeste (el mundo de las formas) y terrestre (el mundo de las efectuaciones).

La Sabiduría Divina es el alma de los Mundos; es el Gran Arquitecto y el Gran Geómetra. La Consciencia universal es el reflejo de la Consciencia pura en el acto creador, constituye un doble inverso (por entrecruzamiento) de esa Consciencia pura. La Consciencia pura es la única realidad, la Consciencia universal (que es Sabiduría por la participación sustancial de la Consciencia pura) se convierte en Ilusión *en sus producciones.*

Los tres círculos universales manifestados son de hecho los de las ilusiones, los reflejos deformados de la única y simple realidad. Si los espíritus rebeldes (y el hombre en su estado actual) están afectados por la ceguera y la oscuridad, es porque la Sabiduría se ha cubierto en sus producciones con el velo de la Ignorancia (eje fuego central).

La Consciencia particularizada es el resultado de la caída de Adán. Adán fue enviado al centro de la Creación, participando a la vez de la Consciencia pura y de la Sabiduría Divina, sin verse afectado por los efectos de sus producciones: no podría contraer ni ilusión, ni ceguera, ni ignorancia. Dejándose seducir, creó una forma como resultado del velo: «houva». Esa forma es la Consciencia particularizada de los hombres. Y es esa Consciencia quien crea, por adaptación a su nuevo entorno, los instrumentos que necesita para existir ahí: los espacios mentales, los órganos y los sentidos.

La Consciencia particularizada es la imagen de la Consciencia pura, proyectada ya no en la Consciencia universal o Sabiduría, sino en el reflejo de esa misma Consciencia, que la comprime y localiza en un punto particular del tiempo y el espacio: es el Ego. Todo el trabajo de la vía interna consiste en una desasimilación de esa Consciencia particularizada, lo que produce un retorno (conversión) a la Consciencia pura, a través de la Consciencia universal (Sabiduría), deshaciéndose (por desgarramiento) del velo de la Ilusión.

Cristo nació de una madre virgen; el velo del Templo se rasgó por la crucifixión y resucitando entró donde estaban reunidos sus discípulos con las puertas cerradas. Cristo también es interior.

INTERNA, EXTERNA

¿Vía interna o vía externa? Louis Claude de Saint-Martin, después de experimentar ambas, nos cuenta su conclusión: la vía interna es preferible y comporta menos peligros. Toda la obra literaria del Filósofo Desconocido trata de este método. Raras son las páginas que no dan, aunque solo sea un detalle, una pista que seguir, para ponerlo en práctica.

Estas dos vías, interna y externa, tienen muchos puntos en común. En ambos casos, lo que se busca es la reorientación de los pensamientos hacia un pensamiento unificado, con el propósito de superar la «Pensatividad».

Para lograrlo, las vías externas utilizan, como en la interna, las plegarias. Las palabras utilizadas guían la mente hacia el objetivo, que la intención del ritual propone alcanzar.

Ese conjunto de palabras va acompañado, característico de la externa, por gestos evocadores y una simbólica puesta en escena, que refuerzan la intención y, en algunos casos, llaman, invocan la ayuda de poderes exteriores.

La vía interna se basa en el siguiente postulado: todo lo que está en el exterior también está en el interior. Ese interior es el «lugar del corazón», que en realidad es un estado del ser, simbolizado en

un lugar (un espacio): el Templo. El Padre, Su Verbo y Su Soplo, constituyen las tres dimensiones de ese Templo; los símbolos interiores son las Funciones divinas en la obra: las Energías increadas de la teología palamita. Y el Espíritu menor del Hombre es una entre ellas. De todo esto resulta claro que en la interna, la ceremonia ya no es una necesidad.

En cierto momento, la palabra misma del orante no es más que un profundo Silencio Interior.

Louis Claude de Saint-Martin nos ha dejado esta frase: «Es más fácil rezar que actuar». Fieles a su planteamiento, concluimos que es más fácil rezar utilizando los rituales, que actuar en el control de uno mismo.

La plegaria, esencial en la vía martinista, sin embargo no es suficiente por sí misma. Esa plegaria es la expresión del Deseo que lleva la intención: el Deseo es el vehículo de la Intención; y la Intención en nuestro estado actual es la consecuencia, el fruto, de un pensamiento recibido desde el exterior.

Desde la caída de Adán, los seres humanos se han vuelto pensantes. Todos los pensamientos que no dejan de sucederse en la mente (el lugar de los pensamientos), nos llegan de agentes intermediarios exteriores.

Esos agentes siguen siendo unos desconocidos: el hombre es incapaz de discernir con exactitud los espíritus que vienen a habitarle. Entonces al hombre solo le queda una solución: cerrar las puertas de su mente a todas esas sugestiones.

En otras palabras, debe evitar la formación de pensamientos en su sustancia mental. Esa vigilancia de cada fracción de segundo, esa «guardia del corazón» es el trabajo martinista: es la Acción por la vía interna.

«El secreto de la progresión del hombre está en su plegaria; el secreto de su plegaria en la preparación; el secreto de la preparación en su conducta pura»[3]. La enseñanza del Filósofo Desconocido es muy clara en la jerarquía de valores: sin conducta pura, no hay preparación posible, y sin esta, ni plegaria eficaz, ni avance espiritual real.

El hombre del torrente busca apropiarse del mundo, en sustitución de Dios, por el apetito, el deseo de posesión. Ya sea por la avaricia, la dominación, el robo o la guerra: como la bestia devora su presa, el tirano oprime, el fanático convence y el artista seduce.

La Sabiduría, Inteligencia y Belleza se desvían así de su universalidad. El hombre las utiliza para repetir el crimen original: hacerse a sí mismo el centro de todo.

---

[3] *Mon livre vert* (Mi libro verde), Louis Claude de Saint-Martin, texto elaborado y publicado íntegramente por Robert Amadou, Cariscript, Documentos martinistas 28, París, 1991. (178).

El Hombre de Deseo establece al Eterno en el centro de todo, empezando por el centro de su ser, sabiendo que solo Él puede conferir Sabiduría, Inteligencia y Belleza a las acciones y a la obra de la que el hombre solo es el agente voluntariamente sometido a la Causa Creadora que es Dios.

Es en esa actitud constante caracterizada por las palabras «hágase Tu voluntad y no la mía» en la que el hombre es libre, porque entonces, los éxitos y los fracasos ya no son del propio hombre, sino que pertenecen a Dios.

Solo Él recoge los frutos de la acción, solo Él tiene la responsabilidad de lo que es engendrado por el hombre. «Echa tu carga en el Señor, y Él te apoyará», nos dicen las Escrituras. En esa actitud, ya no hay más fracasos, puesto que el hombre ya no tiene un deseo propio.

Buscando únicamente conseguir lo que sea para su gloria, ya no se puede estar amargado o triste al no poder lograrlo. Velando sin cesar para no volverse fiero, tirano, fanático o incluso artista, se suprime el dolor, el miedo y la decepción.

Simbólicamente, **el Hombre de Deseo sitúa un guardia en la puerta de su corazón**, quien dispone de la espada del doble filo de la sinceridad y el discernimiento, enfrentándose a las sugerencias malvadas y negándoles la entrada al Templo.

La preparación es el ejercicio, perseverante y constante, de la purificación de los estados del alma y del espíritu.

En cada uno, hay una parte oscura y cada uno debe hacer su inventario de poderes desviados. Descender a sus tinieblas interiores, llevando una mirada lúcida (Lucis, Luz), y comprender en su Consciencia la diferencia entre lo que somos y lo que deberíamos ser según la voluntad de Dios.

Técnicamente, solo está «salvado» (reconciliado) quien está «asumido» (reconocido). Además, solo está rehabilitado el ser reconciliado; únicamente el ser rehabilitado puede operar lícita y eficazmente. De ahí la necesidad de una introspección plena, imparcial y sin complacencia.

Es la reconciliación quien determina la estampación del Sello divino, autentificando los trabajos, tanto internos como externos.

∴

EL HOMBRE INTERIOR Y NUEVO

Los 7 grados del hombre interior y nuevo es un texto muy corto del Maestro Eckhart, rico en metodología y enseñanza[4]. He aquí lo que el maestro Eckhart dice:

> Hay siete grados en la vida contemplativa. Quien quiera practicar la vida contemplativa, debe buscar un lugar secreto y pensar, en primer lugar cuan noble es su alma, puesto que emana de Dios sin intermediarios, y esa consideración debe producir en el hombre una inmensa alegría.
>
> En segundo lugar, una vez que ha considerado minuciosamente eso, debe pensar cuánto amó Dios a su alma, que la creó a imagen de la Trinidad y todo lo que Dios es por naturaleza, ella puede serlo por la gracia, y por eso, el hombre debe necesariamente caer en un mayor grado de alegría que antes, porque es mucho más noble que seamos creados a imagen de la Trinidad que ser solamente creados por Dios sin intermediarios.
>
> En tercer lugar, el hombre debe pensar cuánto ha sido amado por Dios eternamente; porque igual que la Trinidad ha estado eternamente, así Dios ha amado al hombre desde la eternidad.
>
> En cuarto lugar, es necesario que el hombre piense cómo Dios lo ha invitado a disfrutar eternamente de la misma realidad con Dios, como la que Dios ha disfrutado eternamente, y disfrutará para siempre y eso, es el mismo Dios.
>
> En quinto lugar, el hombre debe regresar a sí mismo y conocer a Dios en sí mismo. De la siguiente manera: Porque el ser no puede ser sin el Ser, y porque el ser se nutre del Ser, ningún ser puede nutrirse por un alimento, antes que ese alimento haya sido transformado en una naturaleza bendita, como es esa por la que es nutrido, hace falta que el Ser provenga de un ser que sea el mismo Ser. Sin embargo, nada es por sí mismo Ser, salvo Dios. Por eso mi alma no puede nutrirse por nadie más que por Dios. Y cuando el hombre permanece así en sí mismo, encuentra a Dios en sí mismo. Porque si Dios quiere que exista, es necesario que Él me dé el Ser. En efecto, ningún ser puede existir sin Dios y es porque si Él quiere que tenga Ser, hace falta que Él mismo se dé a mí.
>
> En sexto lugar, hace falta que el alma se sepa a sí misma en Dios, y esto ocurre así: puesto que todo lo que está en Dios es Dios, y puesto que mi imagen ha estado eternamente en Dios, como lo está incluso ahora y siempre ha de estar, entonces mi alma tiene que ser eternamente un solo ser con Dios y ella es Dios. Así descubro que estoy en Dios de una manera tan elevada que yo siempre he sido Dios en Dios. Y esto aporta al hombre que lo consigue realizar tal felicidad que no la puede expresar.

---

[4] *La Divine Consolation* (El libro del Consuelo Divino), Maestro Eckhart, traducido del alto alemán medio, presentado y comentado por Wolfgang Wackernagel, Rivages poche / petite bibliothéque, París 2004.

En séptimo lugar, el hombre debe conocer a Dios en Él mismo, al igual que Él no tiene principio, de quien todo ha emanado. Y ese conocimiento no le puede llegar por entero a nadie en esta vida, porque afectaría la visión del ser divino, que no podría tener lugar aquí abajo.»

Estas siete etapas son otras tantas meditaciones que practicar. Estas solo son algunas reflexiones personales.

1ª MEDITACIÓN: el alma emana de Dios, sin intermediarios. La primera meditación a la que nos invita el maestro Eckhart es nuestra proximidad a Dios, desde el origen, conferida por el alumbramiento directo de los espíritus menores, que, después de su emancipación se convierten en las almas espirituales impasivas según el Tratado.

2ª MEDITACIÓN: el alma está hecha a imagen de la Trinidad divina. Cuando se habla de la imagen de la Trinidad en el Hombre, esto no significa el ternario cuerpo - alma (pasiva) - espíritu (alma impasiva). Es el alma impasiva quien tiene esa imagen divina: ella es como la huella del Sello divino. ¿Qué es el Sello divino? Sin duda es la unión de la Vida, el Movimiento y el Ser, muy próximo al concepto oriental de Ser-Consciencia-Beatitud.

3ª MEDITACIÓN: el Hombre es amado por Dios. ¡Qué más decir! Dios es eterno, su Amor y Su misericordia también.

4ª MEDITACIÓN: Dios invita al Hombre a disfrutar de su Realidad eternamente. Porque solo Dios es real, solo Dios es Lo Real y sólo el que se reúne con Él ontológicamente escapa de la ilusión fenomenal, esté sumido o no en esta última. Esto es lo que Nuestro Señor Jesucristo llamaba estar en el mundo sin ser del mundo.

5ª MEDITACIÓN: el Hombre debe conocer a Dios en el interior de sí mismo. En el fondo del alma está Dios. El Ser no puede nutrirse más que del Ser, el Espíritu humano sólo puede nutrirse de Dios: sólo Dios puede saciar y apagar la sed del Hombre. Es la Comunión, mística o eucarística, una no invalida la otra. Este tema lo desarrolla profundamente Jacob Boehme en su «Libro de los Sacramentos».

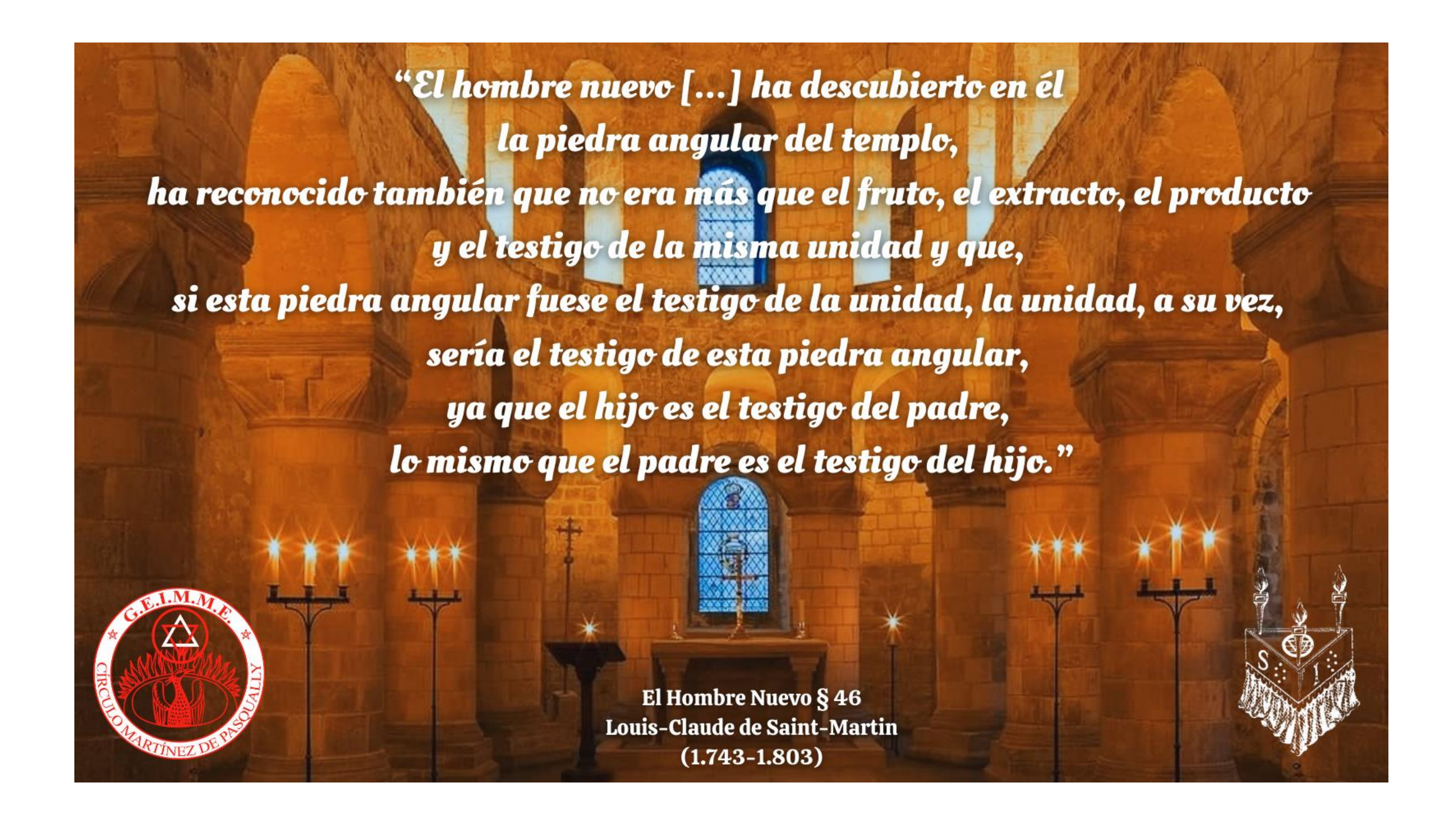
6ª MEDITACIÓN: el Hombre debe reconocerse en Dios. Después de haber descubierto a Dios en sí, se descubre en Él: es el retorno, la conversión; mediante la 5ª y 6ª meditaciones, se realiza el Deseo del Filósofo Desconocido: entrar en el corazón de Dios y hacer entrar el corazón de Dios en uno mismo.

7ª MEDITACIÓN: el Hombre conoce a Dios en lo que Él es. Difícil imaginar una meditación sobre este tema y el Maestro Eckhart deja bien claro que esta posibilidad es improbable obtenerla durante la existencia terrenal. El acercamiento habitual de lo divino se hace en lo que Él no es por esencia, es decir, en lo que se puede nombrar positivamente: Sus atributos, creaciones y

criaturas, que están en Él, que están impregnadas por Él, pero que no son Él, aun siendo Sus firmas: energías increadas y creadas.

El llamado enfoque «negativo» descubre lo que Dios Es en Su esencia íntima. No podemos acercamos más que con términos como inmortal, inaccesible, inefable... Este enfoque representa más bien la Revelación.

Sin embargo, Martínez enseña que el Espíritu del Hombre es un Número y los Números (cualitativos) son coeternos con Dios. Es sin duda por el reconocimiento (renacer con) de su Número como el Espíritu menor puede acercarse a la Esencia divina, mediante las bodas indisolubles, por consentidas, en una fusión sin confusión, eterna.



TRATADO DE LA MORADA INTERIOR

De un monje cisterciense anónimo de fines del siglo XII[5]
(fragmentos)

Entra en ti mismo y encuentra la paz

Bienaventurada tu alma si está establecida en la paz de Cristo y fundada en el amor de Dios; si, **sufriendo guerra por fuera, no siente turbada su paz interior**. **Fuera estallan algunos ruidos, pero no interrumpen el silencio de tu tranquilidad interior porque, tocada por el gusto de la íntima dulzura del corazón, está recogida por dentro por el deseo que de ella siente. Así, pacificada en sí misma, no deseando nada fuera, el alma reposa enteramente dentro y cuando, por así decir, se recoge para saborear este gozo íntimo y se reforma según la imagen de Dios que venera en sí misma, se celebran en su interior misterios divinos.**

No te dejes turbar

Tu alma, vuelta a sí misma, se ve en la desnudez y desolación. Siente entonces un horror y confusión indescriptibles. Conociendo el mal que ha cometido, no puede soportarse; no le es posible descansar en sí misma porque no ama a aquél en quien ella debería estar como en su centro, Dios, su único amigo.

Reúne, pues, en un haz todas las distracciones de tu corazón y todas las fluctuaciones de tu alma y **establece en sólo Dios todo tu deseo**; **que tu corazón se encuentre donde está tu tesoro, tan amable y tan digno de ser buscado. Este amigo celeste entra frecuentemente y habita con delicia en la paz del corazón y en la calma de un espíritu apaciguado: porque él es la Paz.** Así, pues, aplícate primero, no te apartes de ti mismo. Acuérdate de las misericordias de Dios para inflamarte en su amor. ***Que tu corazón sea recto, puro y de gran dulzura***; que llore sobre su miseria y la de los demás; que se penetre de compunción por el mal que ha hecho y el bien que ha dejado de hacer. Que tu espíritu esté libre de las solicitaciones del mundo, de las voluptuosidades de la carne, de los malos pensamientos; **que nada pueda turbar su calma y su reposo: porque Cristo es la Paz, y el amigo de la Paz reposa en la Paz.**

Ante todo, ejercítate largo tiempo, profundiza en tu propio conocimiento, porque **en vano diriges el ojo del corazón para contemplar a Dios si todavía no eres apto para verte a ti mismo. Conoce primero lo que es invisible en tu espíritu, antes de ser capaz de aprender lo que de invisible hay en Dios.**

[5] *De Domo interiori seu de Conscientia*, en P. DION, Oeuvres complètes de saint Bernard, t. VI. Editions Louis Vivès, Paris 1860, 1-50.

Si tienes sed de ver a tu Dios, limpia tu espejo, purifica tu espíritu. Una vez limpio y examinado largo tiempo con cuidado, comienza a lucir sobre el alma cierta claridad de luz divina y hiere los ojos del corazón el rayo prolongado de una visión desacostumbrada. Inflamada a la vista de este resplandor, el alma, en su pureza, se pone a contemplar con mirada penetrante y elevada las realidades secretas del cielo, a amar a Dios y a unirse a él, porque entonces sabe que sólo es feliz quien ama a Dios. Y, sin duda alguna, si huyes de las preocupaciones del siglo, si te cuidas de ti, si te estudias frecuentemente y buscas conocerte, lo recibes y gozas de él. ***Vuelve, pues, a tu corazón* y, con gran cuidado, escrútate a ti mismo**: **entonces, de tu propio conocimiento, puedes elevarte a la contemplación de Dios**. Quizás ya has subido, has entrado ya en tu corazón y has aprendido a fijarte allí. Que no te baste con esto; aprende a permanecer allí: esta práctica frecuente se convertirá en encanto para ti.

Así, entra en ti mismo y dedícate a volver a tu interior y a permanecer allí en cuanto sea posible, recogiendo las divagaciones de tus pensamientos y de tus mil deseos. Cuando te hayas examinado atentamente, **cuando te hayas buscado largo tiempo y hayas encontrado lo que en realidad eres, te queda por aprender en la luz divina lo que debes ser, el edificio que debes construir al Señor en tu alma.**

Más allá de la turbación, encuentras el gozo

El que dirige a un punto único las divagaciones de los pensamientos de su espíritu y fija todos los movimientos de su corazón en el deseo de la eternidad, sin duda alguna ha entrado en su corazón; ya permanece allí con gozo y encuentra delicias maravillosas. En la grandeza de su gozo no puede contenerse, y **en el arrebato de su espíritu es conducido por encima de sí mismo y de su propio conocimiento**; **llega al conocimiento de Dios, sólo ama a Dios, encuentra sus delicias en reposar sobre su corazón sagrado**. Su afecto, **absorbido así por el amor de Cristo, se olvida de sí mismo, arde en su corazón con el deseo que le causa este amor** y siente frecuentemente raptos de espíritu. Presentado a Dios, suspendido de admiración, considera su Belleza indescriptible: el Poder del Padre, la Sabiduría del Hijo y la Bondad del Espíritu Santo.

Pero, de repente, cae. Vuelto a sí mismo, no puede comunicar a nadie lo que ha visto por encima de sí. **Recuerda secretamente en su corazón la claridad de la luz incorpórea, el gusto de esta embriaguez secreta, el secreto de este reposo interior y el misterio de esta tranquilidad soberana. Dulzura, gozo y delicias acompañan esta contemplación.**

Que tu *conciencia* sea, pues, buena, recta, pacífica y pura, a fin de conducir a Dios a la morada hospitalaria de tu corazón; **que se entregue a obedecerle fielmente, para que tan alta majestad no rehúse entrar en lo íntimo de tu corazón**. Tal *conciencia* se encuentra tranquila, pacífica a sus propios ojos, agradable a Dios.

Déjate conducir por tu «conciencia»

La *conciencia* es la ciencia del corazón; se toma en dos sentidos: o la que se conoce a sí misma o la que, conociéndose a sí misma, conoce también otras cosas por sí misma. Porque el corazón se conoce a sí mismo por su conciencia y conoce otras muchas cosas. Cuando se conoce, esta ciencia se llama conciencia; cuando, además, conoce otros objetos, este conocimiento toma el nombre de *ciencia*.

En el movimiento violento del mundo, en las lágrimas, las risas, los sufrimientos, clavada a la cruz, ante la muerte, **la buena conciencia permanece segura, tranquila y en paz**. Es también un **espejo donde, como en un vaso fiel, el ojo de la razón puede percibir lo que hay en su interior de conveniente o de menos recto**. **No puedes llegar a la buena *conciencia* más que por la guarda del corazón**. En efecto, abandonado a sí mismo, el corazón se dirige hacia la vida o hacia la muerte. Vuelva, pues, hacia sí, analícese a sí mismo. **Posee un gran reino el que es dueño de su corazón.**

Este tiene una movilidad natural, rehúsa fijarse en un punto: **su vida está en el movimiento y el movimiento es su vida.** Pero **cuando sabe que su movimiento es recibido de Dios, comprende que no es él el que se mueve, porque por sí mismo permanecería inmóvil. Así, como Dios te mueve, déjate llevar; de otro modo, no serás movido, sino quebrantado**. Si te dejas, merecerás ver a la Trinidad. **¡Oh feliz visión en la cual Dios será conocido y captado de tal suerte que cada uno de nosotros lo verá en cada uno de sus hermanos!**

Confieso lo que veo en mi corazón

El discípulo

Cada uno tiene como libro su conciencia; y todos los demás están invitados a corregirlo y mejorarlo. **Feliz el hombre que puede conocerse: existen muchas ciencias, pero la mejor de todas es aquella por la que el hombre se conoce**. Por eso **permaneceré en mi corazón y me habituaré a estar allí para que durante toda mi vida pueda examinarme y conocerme a mí mismo.** Expondré todas mis miserias ante el Señor para que se conmueva su gran compasión. Confesaré mis pecados ante él a quien todo está desnudo y al descubierto, a él que está presente en todas partes. Escucha, pues, Dios clementísimo, mi confesión:

En mi oración, mi corazón divaga incesantemente tras no sé qué idea loca; no puedo retenerlo. Cada día quiero alejar de él la vorágine de estos pensamientos ruidosos y no puedo lograrlo; hay gran ruido en él incesantemente: los pensamientos entran y salen. Peco gravemente cuando abandono de este modo mi corazón y sufro violencia cuando él se aleja de mí arrastrado por mil pensamientos y deseos. De noche, las imágenes manchan mi corazón con los malos pensamientos; la pasión de la carne no me deja reposo.

Crea en mí, ¡oh Señor Jesús!, un corazón puro, pues incluso cuando descanso no dejo de agitar en mi corazón el alboroto de las ocupaciones temporales; aun cuando mi cuerpo está tranquilo, mi espíritu corre a uno y otro lado. Arráncame, Señor, de las manos del enemigo. Porque mis vicios me siguen, vaya donde vaya no me deja mi conciencia; ella está presente y escribe cuanto hago. Por eso no puedo escapar a su juicio, mientras lamento que se perciba esta malicia en mi corazón.

Hazme, pues, misericordia, Señor, porque cuando examino toda mi vida, me asusto: sin devoción en la iglesia, distraído incesantemente en el espíritu, poco recogido en el exterior, mirando con ojos huraños a todas partes, examino y veo todo cuanto ocurre. ¡Desgraciado de mí!, que peco cuando debía corregir mis pecados. Muchas veces he prometido corregirme y nunca he mantenido mi palabra: siempre he vuelto a mis iniquidades.

Pero no me atrevo a desesperar, porque tú, Señor, me has salvado en la cruz. Te doy gracias, Señor, porque me has visitado y me has mostrado mis crímenes. Ahora, bajo tu inspiración, **he aprendido a *volver a mi corazón* y a conocerme a mí mismo**. Por orden de Dios, he entrado en mi corazón y, **después de haber barrido de allí todo, excepto el Señor y yo mismo**, lo he examinado cuidadosamente y con detalle; a decir verdad, sólo he encontrado un lugar de horror y una amplia soledad, es decir, una conciencia abandonada durante demasiado tiempo, cubierta de zarzas, de espinas y llena de toda clase de inmundicias. Pero lo que más me asusta es que en el monasterio me encuentro peor en tu presencia. Señor, ¡que desgraciado soy! El Señor visita a cuantos me rodean, pero no se acerca a mí.

Respuesta del Padre espiritual

Me alegro por ti, porque te ha visitado el que se alza en las alturas del Oriente. En efecto, no estás lejos del Reino de Dios. El conocimiento de tu pecado es el comienzo de la salvación. Confía en el Señor: la humildad suplirá a la falta de fervor. **El Espíritu Santo visita con frecuencia el corazón afligido**. Entonces se establece cierta familiaridad entre Dios y el alma; ésta siente con más frecuencia el gozo de las visitas de su Señor, y la llegada de su buen Maestro no sólo la consuela, sino que además la colma de un gozo inenarrable.

Pero, si ocultas tu miseria, alejas la misericordia de Dios. No soportes en tu corazón el mal pensamiento, recházalo en seguida; de otro modo, da a luz la delectación; la delectación lleva al consentimiento, el consentimiento a la acción; ésta al hábito, el hábito a la necesidad, la necesidad a la muerte.

La conciencia del hombre es un abismo profundo. Porque, igual que un abismo no puede ser agotado, tampoco el corazón humano puede ser privado de sus pensamientos; éstos giran en él con perpetua volubilidad. Es un gran mar con los brazos extendidos; allí se encuentran reptiles innumerables (Salmos 104, 25). El reptil se arrastra en secreto y pasea de un lado al otro en las sinuosidades anfractuosas [sinuosas]; del mismo modo, los pensamientos envenenados entran y salen en la conciencia del hombre, de forma que no sabes ni de dónde vienen ni a dónde van. **El que no se deja sondear, no se deja conocer**. Ora también frecuentemente.

La oración es la devoción del alma, es decir, la conversión hacia Dios por el afecto piadoso y humilde. Humilde por el sentimiento de su propia debilidad; piadoso por la consideración de la divina clemencia. Así, **cuando quieras orar, entra solo en la soledad de tu corazón y con tu espíritu recogido, entero, libre de preocupaciones, entra en la casa de la oración; en presencia de Dios, penetra en los cielos por tu apremiante oración**. Descubre tu necesidad, implora su piedad. **Debes orar sin interrupción**. Feliz el alma que se aplica a recoger y concentrar en un solo punto todas las divagaciones de su espíritu. **Cuando oras, llamas a ti al Espíritu Santo. *Pero has de saber que la oración la forma el corazón, no los labios: Dios mira al corazón*.**

El discípulo

...¡Oh alma mía!, reprime, pues, la fluctuación de tu corazón, reúne la ola de sus pensamientos y afectos en este solo punto, desea exclusivamente la alegría real y verdadera.

Solo, entro en la soledad de mi corazón y hablaré un poco con él, informándome sobre él y sobre cuanto a él se refiere. Este corazón es perverso, vano e inestable, más móvil que toda movilidad; pasa de una cosa a otra, buscando el reposo donde no se encuentra. He querido fijarme en las cosas visibles y no he logrado encontrar en ellas el verdadero reposo. Volviendo en seguida a mí, no puedo fijarme en mi corazón, porque mi espíritu es ligero, inconstante, errante, semejante a una hoja que lleva el viento en sus torbellinos. Por esto no puedo sufrirme cuando me examino atentamente. Además, en los repliegues de mi corazón aún hay abominaciones mayores que no me atrevo a dejar salir a la luz.

El Padre espiritual

No hay ciencia más digna que aquella por la que el hombre se conoce a sí mismo. Abandona lo demás, considérate a ti mismo: recórrete a ti mismo y fija en ti tu estancia para llegar aquí al conocimiento de Dios a través del conocimiento que adquirirás de ti. No valora cosa alguna con exactitud el que se ignora a sí mismo. ¡Oh guardián del corazón!, si aún no eres apto para entrar en ti mismo, ¿cómo podrás examinar lo que hay dentro o por encima de ti? Entra en ti antes de querer juzgar lo que está por encima de ti. **La primera etapa consiste en entrar en ti mismo, entrar en tu corazón, aprender a conocer tu alma. Entonces, mediante el pleno conocimiento de ti mismo, llegarás al conocimiento de cuanto hay en el cielo, sobre la tierra y en los abismos.**

El discípulo

Mi Dios ama y busca la soledad. Huiré yo, pues, de los consuelos y conversaciones con los hombres para **poder llevar en mí al Señor que mora en lo íntimo de mi corazón**. Me habituaré a pensar solamente en lo que está sobre mí, a amarlo y desearlo a fin de poder oír cuanto diga allí el Señor Jesús.

Heme aquí, dulcísimo Señor, estoy contigo, estoy en mi corazón. Mientras me han ocupado los objetos exteriores, no he podido oír tu voz en mí. Pero ahora, vuelto a mí, he entrado y he

venido hacia ti para poder oírte y hablar contigo. **Habla, pues, Señor Jesús misericordiosísimo: tu siervo escucha.**

Alma mía, si quieres que el Señor te ame, **establece de nuevo en ti su imagen** y él te querrá con ternura; **refórmate según su semejanza** y deseará venir a ti. **Conoce en ti la imagen venerable de la Santísima Trinidad**. **Puedes darla a luz en tu corazón y en el corazón de los otros. Puedes concebirla de tu corazón y de la boca de otro. La engendras; eres padre; concibes: eres madre.**

Dichoso el hombre que, cuando quiera, puede tener a Dios como hijo. Que el alma santa y amante del verdadero Esposo suspire siempre vivamente por la venida de aquél a quien tanto ama y que se mantenga libre y dispuesta para poder acogerlo cuando llame, sin causarle la molestia del más mínimo retraso. **Una cosa es entrar con él y otra salir para ir hacia él. Por lo primero, el alma vuelve hacia sí y, en compañía de su amado, entra hasta el interior del corazón; por lo segundo, es conducida fuera de sí y se ve elevada a las alturas sublimes de la contemplación. Entrando, se recoge totalmente en sí misma; saliendo, se derrama completamente fuera de sí**. **Examinándote a ti mismo, abrasas tu corazón con sentimientos ardientes y así el amado es introducido en lo íntimo del corazón, colocado en el mejor lugar, amado desde lo profundo del alma y por encima de todo.**

Esfuérzate, apresúrate por atraer a tu amado a lo íntimo, al lugar más secreto de tu corazón. Este retiro interior tiene tales reductos que si la fuerza del amor supremo ha fijado allí algunos sentimientos, ninguna delectación extraña tiene poder para arrancarlos. ***Busca hacerlo entrar hasta el centro, a lo íntimo de tu corazón, al fondo de ti mismo*****; así podrás seguirlo a sus alturas sublimes. Recógete en ti y reposa solamente en el deseo de gozar de la divinidad.**

Suspira con impaciencia por contemplarlo cara a cara. Allí, en la gloria que ilumina sus alturas, tras haber merecido penetrar en el recinto centelleante donde brillan sus rayos, ¡qué deseos abrasadores, qué profundos suspiros, qué gozo abrasa al alma hasta que, de claridad en claridad, sea ella misma cambiada en una imagen semejante!

Si quieres entregarte a este ejercicio adorable, aprende resueltamente a reposarte en tu cuerpo y en tu corazón, en lo más profundo, en el *sabbat de los sabbats.*



ANTECENDETES DEL CONVENTO DE WILHEMSBAD DE 1.782

Alice Joly[6]

Viaje a Lyon del barón de Plessen - Tendencias místicas de Ferdinand de Brunswick y de Charles de Hesse - Éxitos y desengaños de Plessen como propagador de la reforma de Lyon - Los secretos de Waechter y de Haugwitz - Correspondencia entre los iniciados de Francia y Alemania - Circulares oficiales de Ferdinand de Brunswick para la convocatoria de un Convento general - Oposición del duque de Sudermania - Alternativas del acuerdo entre los promotores de la reforma mística de la Franc-Masonería.

La paz no llegó, más bien al contrario, porque el proselitismo de Willermoz, lejos de contentarse con el entorno de los masones franceses, extendía su ambición más allá de sus fronteras.

Este celo no tiene nada de original. Ya Pasqually, intitulando a su sociedad como "*Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo*", mostraba la vía. Sus alumnos fueron siempre admitidos en todos los Templos, también en el extranjero; en 1.777 Willermoz había recibido a un Hermano alemán, M. d'Eyben, y Saint-Martin había iniciado al barón de Gleichen e instruido al sajón Tieman.

Esta propaganda discreta no puede compararse con la que emprendió el Canciller de Lyon tras el Convento de las Galias. La instrucción para un nuevo Hermano extranjero le proporcionó la idea y la ocasión. En el otoño del año 1.779, a comienzos de octubre, un danés, Charles Adolphe de Plessen[7], que poseía en el Régimen Rectificado el nombre de orden *a Tauro Rubro*, llegó a Lyon provisto de cartas de presentación de los Capítulos de Italia. Venía a solicitar al Canciller del Directorio de Auvernia que se le instruyera en la reforma de la que, tanto los Hermanos de Nápoles como los de Turín, le habían hecho tantos elogios entusiastas.

Este viajero fue para Willermoz, no sólo un nuevo discípulo, cuyo celo no dejaba nada que desear, sino también un precioso informador que le permitió conocer los asuntos de la Orden Templaria alemana. Aunque representaba a una de las Provincias de la sociedad, el lyonés no tenía con Alemania sino raras relaciones, reducidas a correspondencias oficiales; solo conocía de las logias alemanas lo que le había confiado Weiler, o lo que podía saber a través de sus corresponsales de Estrasburgo. El azar servía de maravilla a su deseo de informarse acerca de cuestiones que le tocaban tan de cerca; porque el barón de Plessen, Chambelán del rey de

[6] Capítulo VIII de "*Un Místico Lyonés y los secretos de la Francmasonería, Jean Baptiste Willermoz (1730-1824)*", por Alice Joly, Ediciones Télètes, París, 1986. Reproducción integral de la edición Mâcon de 1.938.
[7] Había llegado a Lyon el 9 de octubre, Lyon, ms. 5425, p. 12.

Dinamarca, tenía, por sus funciones, relaciones frecuentes con dos de los principales directores de la Orden Rectificada: Ferdinand de Brunswick, hermano de la reina de Dinamarca, y el landgrave[8] Charles de Hesse, cuñado del rey. Por otro lado, había encontrado en Italia al Hermano *a Ceraso*, Canciller de la VIIIª Provincia, cuando este último estaba efectuando un viaje en busca de los Superiores Desconocidos para lo que había sido encargado por el Directorio de Brunswick.

Jean-Baptiste Willermoz pudo así saber, de fuente segura, el resultado negativo obtenido por el Canciller de la VIIIª Provincia, habiendo puesto fin a la ficción novelesca que hacía de los Estuardo los fundadores y directores secretos de la Masonería. Se comprobó, gracias a él, que la Estricta Observancia alemana solo había tenido jefes misteriosos en la imaginación de su fundador.

La estancia en Italia del Hermano danés había sido fértil en incidentes instructivos; porque no contento con destruir una leyenda, *a Ceraso* se había empeñado en fabricar otra sin hacer, por otra parte, para ello, grandes esfuerzos de originalidad. Lo que había contado Plessen se asemejaba a otras historias que corrían por las logias con diverso éxito, igual que la fogosa de Charles de Hund, de la que acababa de probar su inanidad. Pretendía haber encontrado en Florencia a un amigo sabio, además de misterioso, que había recibido el cuarto grado de una nueva Masonería. Esa sociedad comportaba siete grados y se necesitaba, de creerle, alcanzar el grado supremo para ser maestro y admitir a su vez a Aprendices. Plessen se había interesado mucho en la aventura y había insistido para ser presentado al amigo de Waechter. Había reclamado todo tipo de precisiones y obtenido la promesa de ser un día iniciado; más tarde, un buen día el Canciller *a Ceraso* cambió de parecer y guardó silencio con el pretexto de que no estaba autorizado a confiar su secreto más que a tres altos personajes: el príncipe de Prusia, Charles de Hesse y el duque de Brunswick[9], con el fin de no ofender al danés. Plessen no estaba dispuesto a creer de oídas una historia tan extraña, y la sinceridad de Waechter le parecía más que sospechosa, ya que era menos amable con él.

Puede pensarse también que el enviado de las logias alemanas empleaba en Italia una libertad de costumbres y de aspectos que hubiese escandalizado a las personas virtuosas y timoratas[10]. Pero su conducta masónica no era más correcta. Cara a cara, en los Capítulos de Nápoles y de Turín, actuaba con desenvoltura, arrogándose el derecho de fundar logias, de percibir derechos, de vender joyas y ornamentos, sin prevenir al conde de Bernés, Gran Maestro del Capítulo de Turín, instituido por el fogoso Weiler. Esas iniciativas insolentes provocaron el descontento y

[8] Título de honor que usaban algunos grandes señores de Alemania. (N. del T.).
[9] Lyon ms. 5425, pieza 23. Copia de una carta de Waechter dirigida al príncipe de Hesse para dar explicaciones de su conducta en Italia.
[10] Charles de Hesse tomó en este asunto la defensa de Waechter frente al barón de Plessen, atribuyendo todo lo que se le reprochaba al conde a envidias de hipócritas que interpretaban mal "*un impulso, una pequeña tontería de juventud, una broma*". Lyon ms. 5425 p. 15.

las reclamaciones de los Hermanos de Lombardía. Eran ellos quienes habían expresado el deseo de constituir una Provincia autónoma separada de la VIIIª Provincia alemana[11].

El barón de Plessen fue el confidente de esas quejas. Se unió por amistad con los Hermanos de Turín que compartían tan bien su propia manera de juzgar. Abrazó su partido. Éstos, pagaron su amistad con confidencias. Hicieron llamar su atención hacia el interés que presentaba para todo masón serio el Directorio de Auvernia, su sabio Canciller, Jean-Baptiste Willermoz, y las reformas que había introducido en la Orden Rectificada el Convento nacional de las Provincias de Francia. Los turineses podían iniciarle en la actividad del Directorio de Lyon, ya que ellos mismos se habían adherido a dicha reforma. Su Canciller *a Serpente*, el Dr. Sebastien Giraud, había visitado Lyon en los meses de abril y mayo de ese mismo año para solicitar a sus compatriotas los códigos, rituales y documentos necesarios para su transformación en Caballeros Bienhechores[12]. Gracias a su celo, Turín ya tenía un Colegio de Profesos. Sin duda, la discreción que tenían jurada a los italianos les prohibía enseñar a su amigo de forma precisa; podían, no obstante, despertar su curiosidad y excitar su verdadero deseo de conocer la ciencia masónica, y quién era su dispensador, para lo cual, y con el fin de prepararle para la buena doctrina, el Dr. Giraud le prestó el libro "*De los errores y la verdad*". El Hermano *a Tauro Rubro* estaba por lo tanto algo informado cuando llegó a Lyon a buscar el evangelio masónico. Tenía, no obstante, mayor necesidad, ya que sufría con la debilidad del sistema que había fundado Charles de Hund y conocía demasiado los defectos de aquellos que en Alemania buscaban remediarlo para poder darles crédito.

Jean-Baptiste Willermoz no defraudó su expectativa. Accedió a su deseo, y empleó algunos días de la primera quincena de octubre, donde el danés se instaló junto a él, para dar prioridad a su instrucción. Le recibió frecuentemente de forma particular[13]. El 17 de octubre, el barón firmaba su juramento de Profeso, y poco tiempo después el de Gran Profeso. Es probable que los conocimientos teóricos de la clase secreta fueran, en el curso de esas conferencias, completados por algunas nociones que Willermoz no confiaba al vulgo ni a los vulgares Profesos. Le dejó entrever la existencia de una clase de grados aún superiores, y de una ciencia más completa, mientras discutían juntos el sentido de la filosofía de Saint-Martin.

Estos días de trabajo, de intimidad y de revelaciones, debieron provocar en *a Tauro Rubro* un orgulloso reconocimiento. Desde su partida, afirmó su deseo de consagrarse a hacer conocer y defender, al otro lado del Rhin, los principios que se le habían confiado. Consideró a Willermoz como su maestro y le prometió no faltar "*al deber muy dulce*" de enviarle nuevas de Alemania[14]. No falló en ese deber, y el Canciller de Lyon tuvo en él un corresponsal fiel, aplicado a rendirle servicio y a informarle, si no en un francés impecable, al menos con toda sinceridad.

---

[11] El Capítulo de Turín había dirigido quejas a Ferdinand de Brunswick haciendo llegar sus protestas a Lyon por su Canciller, el Dr. Giraud, en una carta del 2 de abril de 1.778. Esta carta fue comentada, con otras nuevas de Italia, el 28 de agosto de 1.778. Lyon ms. 5481 pp. 67-68. Contra esas quejas, *a Ceraso* se explica mucho mejor. Lyon ms.5425 p. 23.

[12] Lyon, ms. 5482, pp. 59 a 70.

[13] Lyon, ms. 5425 p. 12. Billet de Plessen, fechado en Lyon, 14 de octubre de 1.779.

[14] Lyon, ms. 5425, p. 14. Plessen a Willermoz. 30 de diciembre de 1.779.

Plessen comenzó su apostolado desde sus primeros pasos a su vuelta a Alemania. De paso por Schleswig, se encontró con el príncipe Ferdinand de Brunswick y aprovechó para alabar toda la excelencia de la obra del Convento de las Galias y del interés que tenía en estudiar los nuevos grados de los Hermanos franceses, con el fin de reformar sobre ese modelo a toda la sociedad. ¿Fue, por lo que escribió a Willermoz, el origen de la decisión que tomó el Gran Superior de reunir a todas las logias rectificadas en un Convento general? No tenemos otras pruebas más que lo que afirma en su carta del 30 de noviembre de 1.779. Añadía una invitación urgente dirigida a Willermoz: "*Estoy encargado por el Serenísimo Hermano de rogaros y suplicaros venir para poderlo presidir. En el caso de que la ciudad de Francfort no sea el lugar más adecuado, tened la bondad de decírmelo, entonces trataré de buscar otro lugar*."[15]

La idea de un Convento y de una reforma no tenía nada de nuevo, en una sociedad donde las reuniones particulares o generales eran habituales. Ya, antes del Convento de las Galias, Ferdinand de Brunswick había escrito a los Hermanos franceses para prepararse ante tal eventualidad.

Es patente también que la búsqueda de la verdad masónica preocupaba bastante al Serenísimo *a Victoria*. Antes de las confidencias del Hermano *a Tauro Rubro* se había encargado de buscarla en la vía del misticismo y de la magia. Los bellos relatos que Waechter informaba desde Italia no habían hecho sino asegurarle en sus gustos por lo extraordinario y lo milagroso. El informe realizado por el Canciller de la VIIIª Provincia ha sido conservado en los archivos personales del príncipe de Hesse; es una impresionante historia de apariciones muy curiosa, sobre todo cuando soñaba lo que parecía plausible a Ferdinand de Brunswick, siendo lo que le inspiró para prometer a sus logias un futuro de alta ciencia y de felicidad perfecta. El 8 de octubre de 1.779 había enviado una circular donde se expresaban muy bien sus preocupaciones[16]. Esbozaba ya los planes de una reforma de la Orden en general y de cada masón en particular, mediante el amor a Dios, la práctica de las virtudes cristianas y la adquisición de "*conocimientos superiores*" tendentes "*al mejoramiento del género humano y a la glorificación de su Creador*". Pero este anuncio de un plan de regeneración de la Masonería y de la humanidad se estaba topando con el recelo de los Capítulos de Alemania.

Las nuevas que Plessen aportaba de Francia eran perfectas para complacer al duque. El anuncio del éxito que había tenido Willermoz en una tentativa análoga daba un nuevo vuelo a sus proyectos. Sea como fuere, fue después de su encuentro con Plessen que Ferdinand de Brunswick envió a Lyon los mensajes oficiales, invitando por primera vez a los franceses a formar parte de una reunión general de las logias rectificadas. Se puede pensar, sin caer en el error, que si Plessen no introdujo al Serenísimo Hermano *a Victoria* sus proyectos de reforma mística y de un Convento general, le indicó, no obstante, qué apoyo podría tener con la colaboración de los franceses. En las conferencias del 13 de diciembre de 1.779 al 1 de enero de

[15] Lyon ms. 5425, p. 14.
[16] Saint. René Taillandier. Un príncipe alemán del siglo XVIII. Charles de Hesse y los Iluminados. Revue des Deux Mondes, 15 de febrero de 1.866.

1.780, Willermoz y sus Hermanos discutieron la invitación recibida y la respuesta que convenía enviar[17].

La tendencia mística en las logias templarias de Alemania tenían otro representante no menos influyente: el landgrave Charles de Hesse-Cassel, *a Leone Resurgente*. Los lazos que unían a los dos príncipes masones a la familia real de Dinamarca se duplicaban en una comunidad de gustos que terminaba por aproximarles; aportaban a los hechos masónicos el mismo espíritu, imbuido de curiosidad por el misterio. Sin embargo, Charles de Hesse, más aún que su amigo, mostraba un pensamiento decidido hacia las ciencias ocultas. Se abandonaba con gran entusiasmo a un notable eclecticismo, malo en vanidad y sin ningún espíritu crítico. M. Le Forestier ha escrito que fue "*uno de los soñadores más extravagantes y más crédulos de su época*"[18]. Este juicio no es excesivo. El landgrave se ocupaba de la alquimia y deseaba hacer oro, al mismo tiempo que pretendía ponerse en contacto con el mundo sobrenatural; amaba creer y hacer creer que era un ángel su guía providencial, manifestándose frecuentemente por ruidos inexplicables, señalando de esa manera su presencia y su aprobación. Esperaba que la Franc-Masonería poseyera la clave de misterios apasionantes; también coleccionaba todas las informaciones que podía procurarse sobre los diferentes sistemas. Había acogido con él, en Gottorp, a Saint-Germain el inmortal, envejecido a despecho de toda Panacea. Pero ni la frecuentación del célebre aventurero ni la de los guías sobrenaturales eran suficientes para aplacar su sed por lo maravilloso. Quedaba al acecho de todas las novedades más o menos misteriosas y de todos los hacedores de milagros.

Los dos príncipes estaban del todo dispuestos a concurrir y acceder voluntariamente a las revelaciones de Plessen. Este último se esforzó en presentar, de la mejor manera, la doctrina que le había explicado Willermoz, con el fin de llamar su atención y estimular su curiosidad para ganarles a la causa. Haciéndolo, pagaba a su maestro lyonés su deuda de admiración y reconocimiento, dándose a sí mismo la importancia de un jefe de una escuela secreta que podría tener la más beneficiosa influencia en el futuro del cortesano. Las primeras cartas que envió a Lyon están llenas de preocupaciones que le causa el hecho de querer fundar un buen Colegio de Profesos y conciliarse el favor de los príncipes.

En Hannover, algunos masones sabios y serios le parecieron dignos de formar el primer Colegio de Profesos de Alemania del Norte; eran el príncipe de Mecklembourg-Strelitz, hermano de la reina de Inglaterra, Hardenberg-Reventlau y Falcke, el burgomaestre de la ciudad[19]. En Schleswig, también el barón de Plessen creía encontrar sujetos deseables, como un cierto coronel de Köppern. Pero para esas fundaciones faltaba la autorización y también los papeles necesarios del Colegio Metropolitano de Lyon.

---

[17] Lyon, ms. 5481, p. 4.

[18] R. Le Forestier, Los Iluminados, p. 355.

[19] Lyon, ms. 5425, p. 14. La elección parecía bastante buena por lo que se conoce de estos personajes. El príncipe era un místico muy celoso y había sido "clérigo" de Starck en 1.778, habiendo fundado en Hanovre, con el burgomaestre Falcke, una pequeña sociedad mística particular.

Su propaganda entre los príncipes encontró serios obstáculos. El principal era el Hermano *a Ceraso*, que vuelto de Italia algunos meses más tarde había aprovechado el intervalo para hacer fortuna e insinuarse a favor de Ferdinand de Brunswick y de Charles de Hesse. Su historia había tenido gran éxito. Alagados por ser los únicos elegidos, los Serenísimos Hermanos habían aceptado con entusiasmo entrar en la misteriosa sociedad y se declaraban absolutamente encantados, tanto como de su instructor. Tampoco querían saber nada de las acusaciones aportadas contra él por el Capítulo de Turín. La insistencia del barón de Plessen no tuvo otro efecto que determinar al landgrave a asumir él mismo la defensa de Waechter[20].

No era el único hecho irritante. Como embajador de Willermoz creía aportar una novedad a Alemania. Plessen fue rápidamente advertido de que se engañaba. La doctrina de Lyon ya era conocida por otros ocultistas más allá del Rhin. Además, Charles de Hesse y el mismo Waechter, se pretendían ¡ya Grandes Profesos! Debió de ser Saltzmann el responsable de este estado de cosas. Durante un viaje llevado a cabo en la primavera anterior había conferido los grados de la clase secreta a un tal Waldenfels de Weztlar, al príncipe Charles de Hesse y, lo que es peor, al mismo Waechter. El barón de Plessen, evidentemente consternado por este contratiempo, explicó a Willermoz los rumores que corrían acerca de sus secretos. Charles de Hesse se creía perfectamente informado, y le parecía al danés que sabía cosas que él mismo ignoraba, por ejemplo, que la Orden de Willermoz tenía seis grados, y que el Canciller de Lyon había estado "*en estrechas relaciones con el difunto Martin Pasqual, y que ese hombre siempre había trabajado en lo negro*."[21]

¿Era Saltzmann verdaderamente el culpable de tales indiscreciones? Lo cierto es que el estraburgúes había escrito a Lyon justamente durante su viaje a Alemania y había contado su encuentro con Waldenfels[22]. Este último, que cultivaba las ciencias herméticas tras largos años, se encontraba muy ligado al barón de Gleichen y, como él, curioso por la alquimia. Era por Gleichen que había oído hablar de Saint-Martin y de sus doctrinas, y puede que también por Tieman al que conocía, y que como sabemos gozaba de la confianza de los Cohen. El Hermano *ab Hedera* fue conducido a hablar con él de sus doctrinas secretas, como había rendido cuentas a Willermoz. Pero no parece muy posible que se le hubiera concedido el derecho de acordar grados de Profesos sin prevenir a su Maestro. Lo que es posible que haya revelado Satzmann puede que se refiera, más bien, a la Orden de los Élus Cohen, sobre la que Waldenfels ya se encontraba informado, que a la de los Grandes Profesos, que este último ignoraba. Charles de Hesse y Waechter eran muy excusables por haber confundido las dos escuelas; mientras que el barón de Plessen, que sólo conocía bien la Profesión, se inquietaba, a justo título, de las variaciones que constataba.

Desde que hubo recibido esas nuevas importantes, Willermoz no tardó en calmar el desconcierto de su corresponsal. Se le imponía una tarea que le interesaba bastante más que el aplacar las dudas y los escrúpulos del barón de Plessen. Al remitir más tarde las fundaciones

---

[20] Lyon, ms. 5425, p. 15.
[21] Lyon, ms. 5425, p. 14.
[22] Saltzman a Willermoz el 21 de abril de 1.779. Publicado por Van Rijnberk. Martines de Pasqually.

de sus Colegios, aprovecha las informaciones recibidas para aproximarse a los Superiores de su Orden y negociar con ellos un acuerdo fructífero para el futuro de sus doctrinas. Hizo comunicar al landgrave los planes "*para reunir a toda la Orden y evitar toda discusión sobre un Convento general*"[23]. Ya al comienzo del año 1.780 se esbozaba, entre el Canciller de Lyon y los príncipes de Hesse y de Brunswick, el plan previo para establecer una reforma que un Convento se encargaría de aceptar; ya se había reanudado, sobre una más vasta escena, el escenario que había logrado el Convento de las Galias.

El Hermano *a Tauro Rubro* sirvió para esos deseos de imponer a los masones rectificados, a despecho de sus inquietudes, una doctrina mística, como siendo el objetivo primitivo de la Masonería. Aún faltaba concebir sobre en qué se iba a basar dicha doctrina.

Willermoz esperaba que fuera la suya, es decir, la de los Profesos, la de Pasqually. También se esforzaba, debido al interés que mostraban los príncipes, para unirles en buena y debida forma a sus Colegios secretos. Informado por Plessen de la benevolencia del Serenísimo Hermano *a Victoria*, respondió a sus invitaciones y a sus circulares, aprovechando esta ocasión para exponerles, en las cartas fechadas el 20 de enero y el 30 de mayo de 1.780[24], que los Hermanos franceses consideraban que la Masonería tiene como único objetivo "*el conocimiento del hombre y de la naturaleza*", y que el tipo del Templo de Salomón es "*el tipo universal del hombre general, en sus estados pasado, presente y futuro*".

Si ese fiel resumen de sus creencias era un poco compendioso para ser clarificador, bastaba no obstante para estimular la curiosidad. Así, Ferdinand de Brunswick envió una carta a los Colegios Metropolitanos de los Profesos de Auvernia y de Borgoña para solicitar la comunicación de su ciencia.

Willermoz se apresuró a acceder a esa demanda[25]. Pero antes de nada, quería recibir al Serenísimo Maestro entre los Grandes Profesos, y regularizar de la misma forma la situación de Charles de Hesse y de Waechter, que sin haber siquiera sido inscritos e instruidos, pretendían haber sido incorporados por Saltzmann a los "*Reverendos Hermanos del Concilio de las Galias*"[26]. No había otro medio para ello que enviar por correo las instrucciones de los dos grados secretos, y sobre todo los juramentos que eran necesario firmar. El conde de Virieu se encargó de procurarse las copias y de expedir a Alemania todo el paquete. Willermoz usaba, no obstante, más voluntarios que este intermediario atento, pudiendo añadir al nombre de orden del Hermano *a Circulis* títulos de nobleza y grados militares propios, si no para luchar

[23] Lyon, ms. 5425, p. 15.
[24] Bord. Ob cit. p. 90, cartas de Willermoz a Ferdinand de Brunswick, del 20 de enero y del 30 de mayo de 1.780.
[25] Willermoz a Charles de Hesse, 25 de octubre de 1.780. Citamos esta importante correspondencia de la que ya hemos hecho préstamos, después de los textos que René Le Forestier ha tenido la extrema bondad de comunicarnos.
[26] Willermoz a Charles de Hesse, 22 de septiembre de 1.780.

contra los títulos de nobleza de los Hermanos de Alemania, sí al menos para hacer ver a la Provincia de Lyon bajo una luz distinguida[27].

Hecha la inscripción, la instrucción de los Profesos alemanes quedaba pendiente. Willermoz reclamó la ayuda del barón de Plessen. A comienzos de 1.781, le hizo transmitir a Charles de Hesse los estatutos de los Grandes Profesos, e informar también al príncipe de los recuerdos que había guardado de las entrevistas de Lyon[28].

El Hermano *a Tauro Rubro* no se evadió de esta tarea, aunque no sintiera hacia ella ningún placer. Era duro para él preparar a Charles de Hesse para convertirle en promotor de la reforma de Lyon, y de formarle para un papel que lo hubiera deseado para sí mismo. Le vemos reservarse algunas pequeñas superioridades, buscando el dispensar la suma de sus conocimientos secretos[29]. Invoca su mala memoria y le inquieta que pongan en su pensamiento los chismes de aquellos que se mostraban mejor instruidos que él en la fe de Willermoz. Cierta reticencia aparece a medida que constata la confianza que acuerda a los príncipes y al mismo Waechter su maestro lyonés, a pesar del peligro grave que podría provocar a "sus príncipes" la ligereza de espíritu, las teorías peligrosas y los motivos sospechosos de dichos Hermanos.

Los principios de Waechter, de los que Ferdinand de Brunswick y Charles de Hesse se recomendaban, eran tales, que al barón de Plessen le parecían muy diferentes a los que se profesaban en Lyon. Pero no los conocía con exactitud, porque el Hermano *a Ceraso* continuaba sin querer darle su confianza. Los príncipes eran menos discretos. Gracias a ellos, *a Tauro Rubro* podía escribir a Lyon "*que los conocimientos del Hermano a Ceraso, pertenecían a la cosa que juega con visiones*. *La manera como los príncipes han sido recibidos, y las cosas extraordinarias que han visto, tras su recepción, son las pruebas*"[30]. Según estas enseñanzas, Waechter enseñaba un tipo de cristianismo bastante original. Pretendía poseer la "*verdadera Biblia, que difiere mucho de la nuestra, lo mismo que cree que el diablo, o los espíritus malvados, no tienen ninguna influencia sobre las acciones del hombre después de la venida de Jesús-Cristo al mundo; y la filiación de sus superiores comienza por Jesucristo y no va más atrás*". Aunque se ponía en manos de un patronazgo también sagrado, por ello no se creía obligado a predicar la virtud y la pureza de costumbres; más bien al contrario. "*Lo que me sorprende*, escribía Plessen en su francés incierto, *es que no predica una virtud austera, y se permiten, tanto él como sus discípulos, ir a casas de mala reputación y gozar de las mujeres*". ¿Era a causa de sus poderes misteriosos, o de la facilidad de su moral? Una cosa era cierta: Waechter había seducido a sus

[27] Willermoz a Charles de Hesse, 25 de octubre de 1.780. El paquete llegó a Gottorp en diciembre de 1.780, y fue enviado para ser firmado por Ferdinand de Brunswick, volviendo a Lyon al año siguiente en enero de 1.781. Cartas de Charles de Hesse a Virieu, diciembre de 1.780, y Charles de Hesse a Willermoz, del 15 de enero de 1.781.

[28] Plessen a Willermoz, 17 de marzo de 1.781, ms. 5425, p. 18. La carta de Willermoz en la que le encomendaba esa tarea está fechada el 11 de febrero y le fue transmitida por Charles de Hesse, lo que era entre otras cosas un buen medio para que Plessen no pudiera rehusar el servicio que se le pedía.

[29] "*…el príncipe, que tiene cinco grados de conocimiento del Hermano a Ceraso, insiste en que siguiendo el curso de vuestra carta del 6 de marzo de 1.780 me digáis que soy el único en el que confiáis, ya que no me he creído autorizado para decírselo*", Lyon, ms. 5425, p. 18.

[30] Lyon, ms. 5425, pieza 17, 27 de julio de 1.780.

principales discípulos al punto de que cualquier otra enseñanza les parecía mediocre, y Plessen sentía pena al defender la sabiduría de Willermoz comparándola[31].

Otra doctrina y otro profeta ocupaban sin embargo, durante esos años, la atención cambiante del landgrave. A finales de 1.778, había conocido al barón de Haugwitz, "*ese digno joven hombre*", como le describe su admirador, un gran señor silesiano, que por entonces apenas tenía treinta años, habiendo nacido en 1.752. Pero a pesar de ser joven, su conducta no era demasiado irreprochable para merecer el primer epíteto. Su carácter ofrecía una curiosa mezcla de exaltación mística y el gusto por el libertinaje. Él, como Waechter, también había hecho un viaje a Italia, donde se había instruido en ciencias ocultas. De regreso a Alemania, había entrado en la Masonería. Su carrera en las sociedades secretas probaba, a falta de espíritu de continuidad, un gran amor por la variedad; había pertenecido al círculo de Rosa-Cruces de Berlín y era miembro de la Estricta Observancia Templaria bajo el nombre de orden *a Monte Sancto*, formando además parte del sistema enemigo rival de Zinnendorf y de las logias silesianas de rito sueco. Pero después, un místico suizo, Kauffmann, le convirtió a la teosofía, y sus preocupaciones se volvieron más religiosas que masónicas. También había entrado en las cofradías pietistas de los Hermanos de Moravia, y practicaba con ostentación sus devociones al Redentor y sus austeridades destinadas a provocar el éxtasis. De todas sus fantasías y de todas sus experiencias, había compuesto una cofradía original, mitad logia y mitad pequeña capilla, que portaba el nombre de "Hermanos de la Cruz". El círculo profesaba que la Masonería es la verdadera religión cristiana, y que colabora en la obra de la redención enseñando los medios para unirse al Salvador de una manera íntima y sobrenatural. Ese estado de unión perfecta aportaba al iniciado una sabiduría y un poder milagroso. Esto era la coronación de sus esfuerzos, la verdadera Gran Obra, bien diferente, por lo que se puede ver, de la de los alquimistas.

Este cristianismo esotérico placía a Ferdinand de Brunswick, que lo había adoptado desde 1.779. Encantaba a Charles de Hesse, que fundó en Gottorp una logia que el barón de Haugwitz vino a catequizar en 1.780 y 1.781. El landgrave se encontraba plenamente satisfecho al mezclar las enseñanzas de Haugwitz y las de Waechter, practicando la verdadera Masonería a la vez que "*la religión cristiana más sublime*"; esperaba, gracias a una enseñanza tan preciosa, "*penetrar los misterios naturales que Jehová, en su infinita bondad, había una vez revelado a Adán por intermediación de un ángel*"[32]. Tal forma de comprender la religión no quedaba sin ninguna relación con la doctrina de los Grandes Profesos. Charles de Hesse se puso muy feliz al descubrir esta semejanza, y como nunca se encontraba saciado de conocer secretos y de observar nuevas prácticas, hizo la mejor acogida a las cartas que le llegaban de Lyon.

Fue durante el año 1.781 que el landgrave, y por él Waechter y Haugwitz, entraron directamente en correspondencia con Willermoz. Hasta ese momento, el Canciller *ab Eremo* sólo se escribía con Ferdinand de Brunswick, y no recibía nuevas precisas más que por la intervención del barón de Plessen. El acercamiento a través de las cartas de estos diversos iniciados es muy

[31] Lyon, ms. 5425, pieza 18, 17 de marzo de 1.781.
[32] Charles de Hesse a Willermoz, 15 de enero de 1.781.

curioso, y parece cómico: consejos, planes, confidencias, preguntas, explicaciones, promesas y fines, se entrecruzaron.

De todos, el barón de Plessen era el más sacrificado. Willermoz lo tuvo deliberadamente abandonado desde las primeras informaciones por Hermanos más importantes y más brillantes. Esto dio lugar a que los Colegios de Hannover y de Slewig no fueran fundados bajo su dirección, y sus amigos no recibieron los grados de Profesos más que a los que se les había prometido. Desde el instante en que Charles de Hesse manifiesta la intención de querer guardar en sus manos toda la clase secreta, Willermoz da su aquiescencia y remite con los ojos cerrados el futuro de su doctrina a Alemania. Explicándose, escribirá a Plessen una carta diciéndole "*que la audición rápida de las instrucciones, le hacía creer que no le ha proporcionado un gran conocimiento de la doctrina de los Grandes Profesos*"[33], con el fin de quitar al barón toda posibilidad de fundar un Colegio secreto, y con el fin también de mantenerle detrás del plan, en un lugar modesto, donde Charles de Hesse deseaba verle permanecer. El Hermano *a Tauro Rubro* sólo podía resignarse, por las buenas o por las malas, aunque hay que recordar que, a despecho del olvido, nadie puede quitarle el mérito de "*haber sido el que mejor contribuyó a hacer conocer la reforma de Lyon a los Serenísimos Hermanos a Victoria y a Leone Resurgente, en el norte de Alemania y en Dinamarca, de manera que estoy convencido que en el próximo Convento general, a pesar de las dificultades de los suecos, nuestro sistema será unánimemente recibido en los países mencionados*"[34]. Por lo que seguía mandando advertencias y consejos con la seguridad de su gratitud.

¿Acaso encontraba una amarga consolación en jugar a Casandra, con el mismo éxito que ese personaje de los tiempos heroicos? ¿Pretendía continuar, a pesar de todo, cumpliendo con su deber? O ¿adquiría un malicioso placer, tratando de rebajar a un nivel más justo, el éxito que Willermoz habría creído obtener sobre el espíritu de los príncipes? Willermoz escribió sobre el paquete de cartas del barón de Plessen: "*sus opiniones y sus consejos, son sospechosos por causas bien conocidas*". Él insinúa, y puede que no haya error, que su corresponsal lo pintaba todo en negro, estaba decepcionado, y por lo tanto, envidioso. A mí me parece que si *a Tauro Rubro* se muestra severo, es porque es sincero; sus reflexiones sobre las personas de la Orden rectificada están marcadas por el cuidado del buen sentido; y los pronósticos y los temores, que tuvo la ocasión de expresar, sólo fueron verificados por los hechos.

Willermoz prefería guardar sus ilusiones. Puede pensarse que, con personajes menos importantes, menos favorecidos por el nacimiento, la fortuna o el poder, el Canciller de Lyon habría actuado con más circunspección. La experiencia, y los consejos de un cortesano, no podían servir a este burgués, deslumbrado por el "carácter" de príncipe que tenían sus corresponsales al otro lado del Rhin; no supo "*ir dulcemente con los grandes*"[35], por lo que deseaba complacerles. Por otra parte, una gran similitud de carácter aproximaba al príncipe Charles de Hesse con el comerciante en las veladas de Lyon. Los dos hombres estaban hechos para entenderse.

[33] Willermoz a Charles de Hesse, 12 de febrero de 1.781.
[34] Plessen a Willermoz, 17 de marzo de 1.781, Lyon, ms. 5425, p. 18.
[35] Lyon, ms. 5425, p. 19.

El mismo amor por la Masonería y los secretos, la misma piedad hacia Cristo y la religión cristiana. No obstante, Charles de Hesse nos parece más seguro, más consciente de su importancia, más satisfecho, porque era menos complicado y menos escrupuloso. Jean- Baptiste Willemorz era más inquieto, sin duda por estar intimidado por el sentimiento de su inferioridad social, y también porque disimula mal su impotencia en el dominio místico.

El barón de Plessen le había contado los prodigios que la magia de Waechter manifestaba. Era por su culpa que le habían sido descritos los "anuncios" del ángel guardián, que aprobaba, mediante ruidos extraños, las decisiones de los Hermanos *a Victoria* y *a Leone Resurgente*. Esos fenómenos, que debieran haber despertado su desconfianza, solo excitaron su curiosidad.

El Canciller de Lyon podría haber creado él mismo leyendas masónicas, componer Órdenes de todo tipo sobre relatos inventados, conservando la esperanza de que en alguna parte alguien pudiera saber algo que fuera real e inédito. Se tomaba a buena fe las bellas historias de sabios iniciados desconocidos, herederos de una divina sabiduría. Los estatutos de la Orden de los Grandes Profesos, que habría podido creer destinados a codificar definitivamente la verdad, siendo conocida y reencontrada, no se decidían aún a cerrar las puertas del misterio; el artículo 40 y último[36] exponía que "*la ciencia no ha sido jamás concentrada únicamente entre los masones*", y preveía el caso en el que el Caballero Profeso encontraría "*a hombres esclarecidos, pertenecientes a otras clases*", "*sabios*" con los que podría instruirse. Ninguna duda sobre que entendiera que pudieran tratarse de esa forma los secretos de Waechter y de Haugwitz, pero no creyó que el momento de entrar en contacto con esos "*sabios*" hubiese llegado, como había soñado.

Esto no es tanto por el interés en el futuro Convento, por asegurar mejor el éxito de una reforma espiritualista de toda la Orden Templaria y fundar un "*plan fijo de doctrina e instrucción secreta*"[37] o para hacer triunfar sus convicciones personales, por lo que insiste en conocer y aclararse sobre los secretos de los alemanes. Es sobre todo por él mismo, para su propia instrucción, para su avance espiritual, que arde por saber de qué se trata. Jean-Baptiste Willermoz confiesa claramente que tiene una gran necesidad "*de complementar sus conocimientos, y de virtualidad*"; es decir, de un método más seguro para obtener pruebas sensibles y sobrenaturales de su fe espiritualista. Ante la esperanza de una iniciación, no puede guardar esa prudencia que tanto ha recomendado a los demás. Todo lo que sabe, le parece menos precioso de lo que puede aprender aún. A pesar de la discreción a la que obligan los juramentos especiales, se sirve de sus conocimientos secretos, como una especie de moneda de cambio, y acuerda su confianza para recibir el mismo trato de favor.

Con el deseo de deslumbrar a sus amigos extranjeros y persuadirles de la excelencia y la rareza de los secretos que conocía, Willermoz no sólo les habla de la doctrina de los Profesos. Revela con rapidez la existencia de la fuente primera de donde ha salido toda la doctrina, y de los

[36] Lyon, ms. 5475, pieza 1.
[37] Willermoz a Charles de Hesse, 12 de febrero de 1.781.

"*grados Operativos*" de los que no puede dar ningún detalle, debido a sus estrictos juramentos[38]. A pesar de esto, precisa algunos puntos esenciales. Charles de Hesse pudo aprender que los secretos de la más secreta doctrina de Lyon consistían en el conocimiento de diferentes clases de seres espirituales, y en la práctica de ceremonias, de un culto oculto que data de tiempos de Moisés, de Noé y de los Patriarcas[39]. Willermoz le reveló que las ceremonias principales de esta religión secreta son en marzo y en septiembre[40]. Confía a su corresponsal en qué consiste la Orden de los Cohen y la doctrina de Pasqually, limitándose únicamente a callar el nombre de la Orden y el del fundador de la misma[41]. Muestra el mismo abandono para explicar toda la historia de su búsqueda del secreto de la Franc-Masonería y para alabarse de la habilidad con la que ha llegado a imponer su fe mística a las Provincias francesas de la Orden Rectificada, y de todo tipo de detalles, para que no ignorase el papel inmenso que jugó, bajo formas modestas, con los masones de su país. Añadió en sus cartas una lista oficial de sus Colegios secretos.

Adula la pasión de Charles de Hesse por lo maravilloso, disertando con él de alquimia[42] a despecho de su desprecio oficial por esa falsa ciencia y sus sectarios. Le narra las confidencias de Duchanteau, y de un cierto Hermano Fischer de Vienne. Este hermetista buscaba la regeneración corporal y espiritual, habiendo tenido durante diez años al corriente de sus trabajos a Willermoz, de los que "*tres medios-años*" le había dedicado un coraje sorprendente[43]. Fischer era uno de esos "verdaderos masones" que utilizaban la Piedra Filosofal, y la Panacea, para otra cosa diferente a asegurar su fortuna o su salud; era de esas personas que, no contentas con regenerarse "*por el agua y por el espíritu*", según el consejo que se le dio a Nicodemo, que se asustó, aseguraba que "*por la conjunción del sol y de la luna, y practicando exactamente lo indicado emblemáticamente por los tres grados simbólicos, se producirá un hijo filosófico, por las virtudes del cual el poseedor prolongará también sus días, curará sus enfermedades y espiritualizará, por así decir, su cuerpo, si tiene el coraje y la confianza para ir a buscar la vida hasta los brazos de la muerte*"[44].

Así se encuentra, en la colección de secretos que reunió Willermoz, trazos de esa quimera de Palingenesia que causó la muerte de Duchanteau y volvió loca a Mme d'Urfé, con la colaboración de Casanova, un aventurero tan escandaloso y de tan bochornosas dispensas. Esas búsquedas, de todas formas, habían marcado poco el pensamiento de Willermoz, y es casi asombroso encontrar esa mención en su correspondencia y leer la apreciación admirativa de los trabajos de un alquimista. ¿No sería más bien el Dr. Pierre-Jacques Willermoz el que estaba interesado en los trabajos de regeneración corporal del intrépido Viennois? Poco importa. Se

[38] Willermoz a Charles de Hesse, 12 de febrero de 1.781.
[39] Willermoz a Charles de Hesse, 22 de abril de 1.781.
[40] Willermoz a Charles de Hesse, 26 de agosto de 1.781.
[41] Le llama "*uno de los siete jefes universales de la Orden*", Willermoz a Charles de Hesse, 12 de octubre de 1.781. Puede ser que Pasqually no hubiera rehusado en persuadir a su discípulo lyonés de que no era el único instituidor de la Orden y de la doctrina de los Cohen.
[42] Willermoz a Charles de Hesse, 8 de julio de 1.781.
[43] Willermoz a Charles de Hesse, 26 de agosto de 1.781.
[44] Willermoz a Charles de Hesse, 8 de julio de 1.781.

trataba solamente de provocar, mediante una elocuente exposición de hechos misteriosos, el interés de sus corresponsales, de adular su tendencia de hermetistas impenitentes y de hacerse valer él mismo. Es por lo que envía al duque de Brunswick las cartas de Fischer, y para complacer a Charles de Hesse, acepta entrar en relaciones con el conde de Saint-Germain.

Esas relaciones fueron puramente técnicas, y relativas a las tinturas de color. El príncipe sabía que los asuntos comerciales del lyonés no iban muy boyantes, y había querido ir en su ayuda; en 1.781 le propuso dejar Francia e ir a fundar una fábricas de telas de seda, algodón y lino, cerca de la tintorería que regentaba Saint-Germain en Eckenfoerde[45]. No dudaba que la colaboración de estos dos iniciados, aplicada a los tejidos y a las tinturas, darían resultados fructíferos, ya que creía, de buena fe, que Saint-Germain era "*el más grande hombre en el género de conocimientos de fábricas de seda*"[46]. Pero Willermoz no era de ese parecer, bien sea porque fuera informado acerca de Saint-Germain, o porque creyó por una vez al barón de Plessen de que no se comprometiera ni se fiara de ese "*gran aventurero*", o también porque cuando se trataba de tinturas y de sedas, el comerciante lyonés sabía encontrar su sentido de alerta, su prudencia y su espíritu crítico. Rehusó, por lo tanto, expatriarse para rehacer su fortuna. Pero no pudo por menos que aceptar como un favor el ofrecimiento de la exclusividad de las tinturas de Saint-Germain que Charles de Hesse le propuso, a precios que desafiaban toda concurrencia[47]. Aunque no creía en su palabra dada sobre esos "*bellos colores de todos los matices posibles y algunos que debían de ser como de color rosa, pálido, gris, verde, claro, azul morado, que siendo tan finos, tenían una duración eterna sin que nada alterara dichos colores, como ácidos, el sol, el aire, el tiempo lluvioso, no pudiendo deteriorarse por nada del mundo*". Reclama prosaicamente muestras para pruebas. Eso fue piadoso. A pesar de la cortesía de las fórmulas empleadas para calmar la susceptibilidad del príncipe y de su favorito, los bellos colores eternos, obtenidos mediante procedimientos supuestamente mágicos, no resistieron ni a los ácidos, ni al jugo de limón, ni al aire, ni al sol. El asunto, a pesar de la insistencia de Charles de Hesse, no pudo seguir[48].

Ese deseo de rogar del que Willermoz hizo prueba en tantas ocasiones ¿fue recompensado? Muy mal, nos parece, o al menos muy imperfectamente. Waechter, el primero, rehusó iniciarle, alegando que no estaba autorizado por su superior[49]. Nada de lo que pudo avanzar el lyonés cambió su decisión. Haugwitz era, en principio, mucho más accesible y más amable;

---

[45] Charles de Hesse a Willermoz, 20 de mayo de 1.781.

[46] Plessen a Willermoz el 17 de marzo de 1.781, Lyon, ms. 5425, pieza 18.

[47] Cartas de Charles de Hesse a Willermoz, 20 de mayo de 1.781, y de Willermoz a Charles de Hesse del 15 de junio de 1.781.

[48] Willermoz a Charles de Hesse, 1 de octubre de 1.781. Charles de Hesse a Willermoz, 7 de febrero de 1.782. Willermoz solicita un remedio para su hermano al todo-poderoso Saint-Germain que se jactaba de conocimientos de medicina. Pero el doctor no esperó a la Panacea; una carta del 1 de octubre anuncia que con la ayuda del Dr. Giraud, el Dr. Willermoz fue felizmente operado de la pierna.

[49] Lyon, ms. 5425, p. 25. Solo poseemos el desarrollo de la carta donde Wechter dirigía su rehúse a "*Willermoz, el negociante más importante de Lyon*". Willermoz imprimió en la contestación la fecha de la carta, 24 de octubre de 1.781, y el resumen de lo que contenía, con la mención que había respondido en 19 páginas, del 18 al 21 de noviembre de 1.781.

aceptó enviarle en la primavera de 1.781 un compendio de su sistema[50]. Pero no hizo nada. También, en una carta fechada el 12 de octubre, Willermoz se enfada, y amenaza con romper toda colaboración. Insiste en rogar "*al barón de Haugwitz desarrollar sin velos ni alegorías, si puede, su doctrina y su objetivo final, temporal y espiritual, como la mía lo es en las instrucciones que he dado en mis cartas a VV.AA.SS.*"[51]. Esta puesta en espera no tuvo mucho efecto, ya que las amenazas eran vanas. Ellos cedieron en vagas seguridades de simpatía y de unión espiritual[52].

Para llegar a conocer esa ciencia que se le había rehusado todavía, Willermoz probó un medio indirecto. Recurrió a la amabilidad del barón de Plessen, de la que le había dado tantas pruebas. Pero el barón no pudo proporcionar las informaciones solicitadas. Había perdido mucho de su celo, después de que Willermoz le hubiera despreciado. También respondió, tras un largo plazo, que había estado enfermo, y que no se había iniciado en los secretos de Haugwitz. Por otro lado, ya había manifestado la repugnancia que sentía de hacer semejante experiencia: "*os digo verdaderamente que no lo he envidiado, no queriendo embrollar mis ideas más de lo que ya están, y sólo pretendo encerrarme en los principios puestos por vos, quedando en los brazos de Dios y de Nuestro Señor*"[53]. No se sabe cómo fue recibido en Lyon este asunto de no querer ser admitido, y que contenía una crítica apenas disfrazada.

Frustrado su deseo, Willermoz se consoló seguramente en la satisfacción que gustaba de estar en relación con extranjeros distinguidos, y en el espíritu de vencer, a fuerza de amabilidades, sus resistencias. Es lo que explica el tono, un tanto obsequioso, de una carta que le remite a Waechter el 19 de abril de 1.782[54]. El comerciante de Lyon había recibido la visita del príncipe Frederic Guillaume, duque de Wurtemberg, y se deleitaba de haber defendido la doctrina del Hermano *a Ceraso* ante el príncipe, y haberle quitado sus prevenciones. "*Aunque*, añadía, *la conozco muy poco, la estimo particular como la he concebido por vos, a ejemplo de las ilustres personas que han tenido su conocimiento, haciéndome desear el conocerla mejor, persuadido como estoy de que no tiene nada contrario a los verdaderos principios*". Se servía por lo tanto de los servicios comerciales de Waechter para tratar de recobrar las credenciales que tenía la casa Willermoz y Ponchon, con un comerciante de Stuttgart. Pero, independiente de todo provecho espiritual o material, su correspondencia en Alemania le permitía desarrollar holgadamente la historia de sus experiencias a través de las sociedades secretas, y de discutir sobre el alma humana y sobre la naturaleza de la Franc-Masonería[55]; esto calmaba su sed de instruirse y su deseo de catequizar, prestando mejor atención.

---

[50] Charles de Hesse a Willermoz, 17 de marzo de 1.781.

[51] Willermoz a Charles de Hesse, 12 de octubre de 1.781.

[52] Haugwitz a Charles de Hesse, 26 de noviembre de 1.781, Lyon, ms. 5425, p. 24. Willermoz conoció la opinión aduladora que Haugwitz tenía de sus doctrinas y de su acción por Charles de Hesse, el cual le envió una copia de la carta que había recibido.

[53] Plessen a Willermoz, 15 de marzo y 27 de marzo de 1.782. Lyon ms. 5425, piezas 18 y 19.

[54] Lyon, ms. 5425, pieza 53.

[55] Por ejemplo, las cartas a Ferdinand de Brunswick de 20 de enero de 1.781, a Charles de Hesse del 25 de septiembre de 1.780, y a Haugwitz del 20 de mayo de 1.782, citadas y analizadas por Bord, Ob. cit. pp.39 a 41.

La reunión no se organizó fácilmente. Una segunda circular relativa a la convocación del Convento fue lanzada por Ferdinand de Brunswick el 19 de septiembre de 1.780[56]. El Gran Superior anunciaba que un Convento general le parecía el único medio de salvar la Orden, de modernizarla y de volver a sus "*verdaderos principios*". Enumeraba las preguntas sobre las que los diputados tendrían que deliberar. ¿Tenía la Orden Superiores, y estaba unida a una sociedad más antigua? ¿Debía reorganizarse el ceremonial? ¿Podría guardarse la restauración del Temple como objetivo de la Orden? ¿Debía de conservarse ese objetivo o hacerse público de forma ostensible, justificando la existencia de la sociedad? ¿Existían en la Orden conocimientos ocultos, y cómo, en dicho caso, podría conciliarse su enseñanza con las necesidades de una administración conocida por todos?

Sobre todos estos puntos, la circular parecía remitirse a sugerencias de los Capítulos así como de aquellos Hermanos aislados que pudieran poseer luces. En realidad, el duque tenía formada una opinión, y esa opinión aparecía claramente en la misma carta en que reclamaba la opinión de todos. Juzgaba la pretensión de continuar la Orden del Temple inútil y peligrosa, haciendo alusión a "*los verdaderos principios*", citando a Swedenborg e indicando muy abiertamente que él entendía la búsqueda de la verdad orientándose hacia un misticismo religioso.

Esta carta provocó una viva oposición por parte de Charles de Sudermanie. Fuerte con sus títulos de Visitador General de la Orden, y de Gran Maestro de la VIIª Provincia, heredados de Charles de Hund, y fuertemente apoyado por la Masonería sueca, se esforzaba por suplantar a Ferdinand de Brunswick a la cabeza de la Orden Rectificada. El 20 de febrero de 1.781 protestó porque en su opinión la decisión del Convento se había tomado sin que nadie lo supiera. El Directorio de Brunswick, por una deliberación del 14 de marzo, respondió a su reclamación aprobando a su Gran Superior. El duque de Sudermanie dirigió entonces su dimisión y se separó inmediatamente de la Orden alemana que había esperado conquistar. Pero no había renunciado a contrarrestar los proyectos de sus rivales. Tanto antes, como después de su dimisión, hizo expedir en todas las logias rectificadas contra-circulares apropiadas para hacer fracasar la futura reunión. Lyon recibió varios de esos panfletos[57]. En el último, el príncipe sueco llegaba hasta desaconsejar el viaje a Alemania a los visitadores extranjeros bajo el pretexto de la muerte de María Teresa, la Emperatriz-Reina, ya que podía causar en Europa disturbios peligrosos.

El 18 de junio de 1.781 una nueva circular del Serenísimo Hermano *a Victoria* fijó la fecha del Convento para el 15 de octubre. También daba las respuestas al cuestionario del año precedente, y ese resultado no era muy satisfactorio, puesto que los sentimientos de los Hermanos diferían y también los puntos de vista bajo los que consideraban a su sociedad[58]. No obstante, el Gran Superior anunciaba en términos sibilinos que había descubierto "*verdades*

[56] Dos obras francesas del siglo XVIIIº, a propósito del Convento, dan extractos de sus circulares. *De Conventu Lotomorum apnd Aquas Withelmas*, pp. 53 a 67. *Respuesta a las aserciones del Hermano a Fascia*, pp. 69 a 75.
[57] Lyon, ms. 5481, 10 de diciembre de 1.780, 13 de mayo de 1.781. Naturalmente, Willermoz comunicó estas cartas a Charles de Hesse y no respondió más que después de haber consultado su opinión.
[58] *De Convento Latomorum,* pp. 63-64. Un místico lyonés.

ciertas, sublimes y consoladoras más invariables, y pudiera ser, que más antiguas que el resto de las ciencias humanas". Una tercera circular, dos meses después de ésta, demoró la reunión al tiempo de Pascua de 1.782. El 20 de marzo de 1.782, una nueva carta prorrogaba la fecha hasta el 16 de julio. Esta vez se fijaba el lugar de la reunión en la pequeña ciudad de Wilhelmsbad.

Estos retardos venían tanto de la oposición de los suecos como de las respuestas reticentes y claramente hostiles que dirigían ciertos Hermanos influyentes al cuestionario del 19 de septiembre de 1.780. De hecho, las principales dificultades venían del mismo partido de los reformadores. Los Serenísimos Hermanos promotores de la reunión, *a Victoria* y *Leone Resurgente*, a pesar de su muy vivo gusto por las ciencias ocultas y el misticismo, y a pesar del deseo expresado de poseer "*un solo rebaño y un solo pastor*"[59], no tenían ni la suficiente constancia, ni la suficiente seriedad, como para emprender la tarea de unificación con la que soñaban. No podían imponer a sus tropas un plan de reformas coherentes, ya que no querían copiar los principios de los Hermanos franceses, a los que representaba Willermoz, y dudaban aún, entre los secretos de Waechter y la enseñanza del barón de Haugwitz. No llegaban a conciliar entre ellos quiénes eran sus maestros y sus inspiradores. Esto explica la especie de incerticumbre que mostraba Ferdinand de Brunswick el 18 de junio de 1.781, anunciando sus consoladoras doctrinas. "*Espero*, había escrito, *que los que puedan guiar vuestras búsquedas con seguridad no dejarán de hacerlo". Fue lo contrario a lo que se llegó*[60].

Waechter se evadió el primero. Exigía el derecho de ejercer sobre la Orden una autoridad absoluta, pretensión que el príncipe no podía admitir. El sistema de Haugwitz, menos milagroso, parecía poder adaptarse más cómodamente. Charles de Hesse y Ferdinand de Brunswick pensaban que poseía grandes analogías con el de Lyon, y que sería fácil establecer una especie de compromiso entre las dos doctrinas, siendo invitado el Canciller *ab Eremo* a ir a Schleswig con el fin de organizar, en colaboración con el "*querido Hermano de Haugwitz*"[61]. Willermoz admitió en principio una fusión de sistemas, y admitió voluntariamente al Hermano *a Monte Sancto* entre los Profesos. Pero no quería aceptar, sin comprenderlo, las modificaciones que se quería aportar a su obra. El resultado de su larga paciencia hacia los alemanes había sido el hacer entrever que había puntos en los que no estaba de acuerdo.

Intentó convertir a Haugwitz[62] en su concepción de la naturaleza del hombre. Todos los ocultistas admitían que esa naturaleza es triple, formada por el cuerpo, el alma y el espíritu. La dificultad provenía de la definición que cada uno daba a esos elementos y del papel que se les reconocía. Willermoz veía en el alma el elemento secundario, encargado de gobernar la materia y de dirigir el cuerpo; daba la preeminencia al espíritu, mientras que Haugwitz enseñaba que el alma es la parte superior y que se encuentra dotada de una "fuerza mágica". De hecho él admitía esa antigua concepción de la filosofía de otros tiempos lejanos, venida de Aristóteles y transmitida por San Pablo, y por lo tanto, de los teólogos a los ocultistas del siglo

[59] Charles de Hesse a Haugwitz, 21 de marzo de 1.780. A. Viatte, "*Fuerzas ocultas*" I, p. 146.
[60] *De Conventum Latomorum*, p. 67.
[61] Willermoz a Charles de Hesse, 22 de abril de 1.781.
[62] Carta de Willermoz a Haugwitz citada por Bord, ob. cit., p. 40, nota 2.

XVIIº, de los que eran los continuadores. También puede pensarse que Haugwitz daba al alma esa importancia porque conocía la filosofía mística de Swedenborg, por lo que seguía la definición que el visionario sueco había dado del "*anima*", receptáculo de la inspiración divina y de las luces celestes[63].

Waechter recibió asimismo largas explicaciones de Willermoz, que le exponía cuáles eran sus observaciones teóricas y sus principios generales[64]. Siempre se trataba de la Masonería, considerada como la ciencia universal del hombre: cuerpo, alma y espíritu; el espíritu, reflejo de la imagen divina; el cuerpo, que representa la materia; y el alma, parte mixta y propiamente humana. Acababa de desvelar su pensamiento precisando que un solo hombre había conocido y practicado completamente la verdadera ciencia masónica, y ese hombre no era otro que Jesús-Cristo. Las sociedades de los Franc-masones presentaban, por lo tanto, géneros extremadamente diferentes, según aplicaban uno u otro de los tres aspectos de la ciencia. Willermoz reconocía, por cortesía, que en toda especie de género se podían conseguir resultados interesantes, pero señalaba, no obstante, que los masones alemanes tenían la culpa de mezclar conjuntamente sus conocimientos en lugar de elegirlos y jerarquizarlos. Un buen régimen masónico debía de comportar, en su opinión, tres clases distintas: simbólica, teórica y práctica. También ahí daba un ejemplo, no pudiendo imaginar nada mejor de lo que él mismo había organizado con la Orden de los Caballeros Bienhechores, la clase de los Profesos y la Orden de los Cohen.

Es probable que Waechter se preocupara poco de las generalidades vertiginosas con que se complacía Willermoz; no tenía la misma preocupación de restablecer en la Masonería todas las actividades del espíritu humano, todas las especulaciones filosóficas, todos los cultos y todas las místicas. Ni los príncipes alemanes, ni sus favoritos, se tomaban la molestia de comprender del todo la fe que les exponía el lyonés[65]. Por otro lado, comprendían muy bien que lo que el Hermano *ab Eremo* les insinuaba, en medio de todas esas explicaciones, era tomar la reforma de Lyon como modelo, la Orden de los Caballeros Bienhechores como centro de reunión, y la doctrina de los Profesos como verdadero secreto de la Franc-Masonería, con él mismo como director oculto.

Cada uno de ellos deseaba conservar sus secretos, sus creencias, su supremacía, pequeña o grande, y su importancia personal. La situación por lo tanto era inextricable. La carta que Charles de Hesse escribió a Willermoz el 8 de marzo de 1.782 es, bajo este punto de vista, especialmente característica. El landgrave mostraba, aceptando las proposiciones y las ideas que Willermoz había expuesto a Waechter el 31 de enero, que no las había comprendido nunca; pedía al lyonés que llegara unos días antes del Convento para entenderse con Haugwitz, con el fin de establecer de forma conjunta la doctrina secreta, pero también añadía que era

[63] Martin Lamm, *Swedenborg*, trad 1.933 pp. 63 a 87.
[64] Willermoz a Waechter, 31 de enero de 1.782, citado por Bord pp. 39-40.
[65] Charles de Hesse a Willermoz, 8 de marzo de 1.782. Charles de Hesse aprueba las proposiciones de Willermoz a Waechter en su carta de 15 de enero, pero creía que la Masonería es: a) teosofía, b) naturaleza y alquimia, c) historia de la Orden.

un deber aportarles a los dos secretos útiles. Puede juzgarse lo que estaba en valor cuando se ve que no abandonaba aún las más viejas y desacreditadas quimeras de la Orden Rectificada [de Dresde], volviendo a la fábula de los Superiores Desconocidos, dejando dar a entender que esos misteriosos directores estaban cerca, y que le habían nombrado el último Gran Maestro "*que no es el pretendiente, ni nada parecido*".

En este asunto Haugwtiz, a su vez, se retiró, y rehusó el papel activo que se quería hacerle jugar. Había reflexionado que su método de contemplación y de éxtasis no resultaría fructífero más que en pequeñas reuniones de dos o tres fieles, y no podía poner en manos de todos el medio "*de gozar aquí abajo del don espléndido que nos revela el amor de Nuestro Señor*". Las informaciones que había recibido de Lyon le demostraban suficientemente que, a despecho de un superficial parecido, los dos sistemas diferían esencialmente[66]. Envió a Ferdinand de Brunswick su decisión irrevocable de no tomar parte en el Convento.

Con esta nueva deserción, el Gran Superior *a Victoria* se sintió sumergido en un verdadero desconcierto. Cuando pensaba en la futura asamblea solo veía un caos ante él[67].

Pudiera haber en su desánimo razones más acuciantes. Una carta del barón de Plessen, escrita el 15 de marzo de 1.782, indicaba a Willermoz que, a esa fecha, los Hermanos de la Orden reclamaban cuentas a su Gran Superior, ya que no todos se rendían a la dirección moral que entendía dar a su sociedad. "*Jamás hubiese creído que la conducta del Serenísimo a Victoria debía de ser tal. Su bancarrota se remontaba hasta los 600.000 escudos. El escudo cuenta como 4 libras tornesas*". El resultado del proceder del duque y del desorden de sus finanzas era muy grave. "*En Alemania la Orden se encuentra en una triste situación, con una desunión y desconfianza en todos los Capítulos. El Serenísimo Hermano a Victoria, despreciado, y el Serenísimo Hermano a Leone Resurgente, no muy valorado. Así que todo se encuentra sin conductor, y sin ninguna búsqueda de conocimientos, ni a la derecha ni a la izquierda*"[68].

El exceso mismo de ese mal fue feliz para la influencia personal de Jean-Baptiste Willermoz, o al menos, para el éxito de su reforma. Los príncipes alemanes, abandonados por sus inspiradores favoritos, en el umbral de la importante tarea de reorganización que habían anunciado, no tenían ya más esperanza que la ayuda del Canciller de Lyon. El barón de Plessen suplicaba a Willermoz que fuese a Alemania, ya que nada bueno se podría hacer sin él; la misma conclusión se impuso en los promotores de la reforma mística. Todo parece pensar que hubo algún acuerdo entre ellos, porque finalmente en la cuarta circular se fijaba el lugar y el día de la reunión.

---

[66] Willermoz había dado la señal que debían de reconocer si practicaban la misma doctrina secreta, revelando que las principales ceremonias de su culto se practicaban en marzo y en septiembre. Como ni Waechter ni el barón de Haugwitz tenían ninguna noción de la importancia de los equinoccios, podía pensarse que el secreto de los franceses no tenía que ver con el suyo.

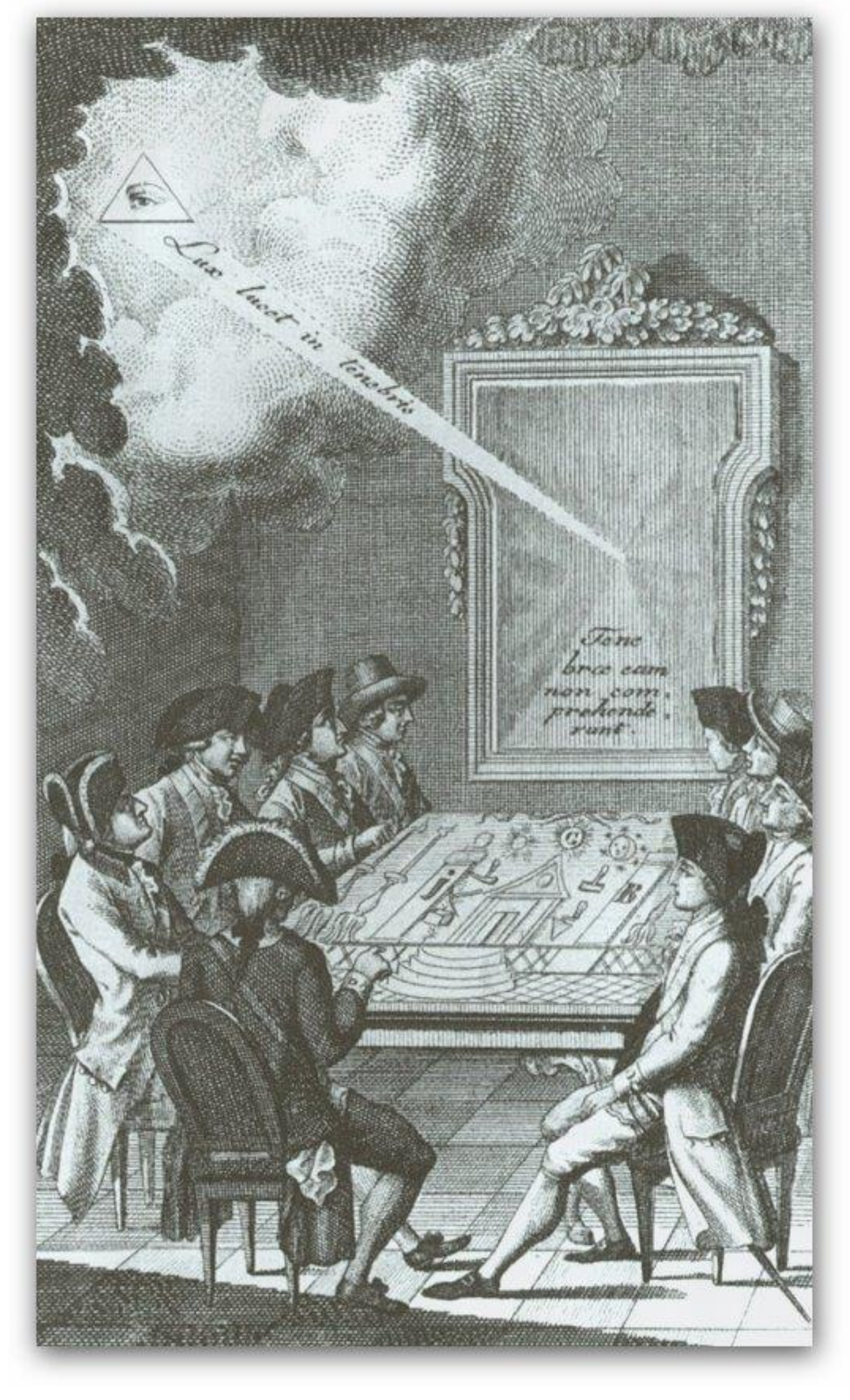
[67] Viatte, "*Fuerzas Ocultas*" I, p. 147, nota 2. Ferdinand de Brunswick a Haugwitz, 1 de marzo de 1.782.

[68] Lyon, ms. 5425, pieza 19.

M. Le Forestier escribe que la unión de los Directorios alemanes con el Directorio de Auvernia no era, para el espíritu de los Superiores de la Orden, más que un matrimonio de conveniencia, en vista del rehúse de Waechter y de Haugwitz, que lo hicieron obligatorio. Se puede añadir a esta graciosa comparación que el novio lyonés aportaba a esa alianza "la dote" que constituía su código, sus estatutos, su doctrina ya organizada y sus tropas ya formadas, tanto de deseo como de ilusiones, y por su parte su buena voluntad, que estaba muy próxima al amor.



Herzog Ferdinand von Braunschweig


Lux lucet in tenebris
Tene
bræ eam
non com-
prehende-
runt.





G.E.I.M.M.E.

Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/
www.youtube.com/c/GEIMME

geimme.info@gmail.com